

**COLECCIÓN**  
**acción social**



# **Familia y Escuela**

Félix García Moriyón

**ESCUELA SOLIDARIA**

**CUADERNO 20**

	IDENTIDAD	ESCUELA SOLIDARIA	DESAFÍOS DEL MUNDO DE HOY
1	<b>Martin Gelabert</b> <i>Regenerar la cultura desde el Evangelio</i>		
2		<b>Carlos Díaz</b> <i>El educador: agente de transformación social</i>	
3			<b>Fernando Marhuenda</b> <i>Trabajo y educación</i>
4		<b>Enrique Lluch</b> <i>Gestión fraterna de un centro educativo</i>	
5		<b>María Vicenta Mestre</b> <i>La persona prosocial: procesos psicológicos y prop. educativas</i>	
6			<b>Javier Aguirregabiria</b> <i>Quien trabaja por la paz puede sentirse feliz: es hijo de Dios</i>
7	<b>Joaquín García</b> <i>Escuela solidaria. Espacio popular</i>		
8		<b>Luis A. Aranguren</b> <i>Una escuela abierta al barrio</i>	
9			<b>Grupo Entorno</b> <i>En torno a la educación socioambiental: ecología, desarrollo y solidaridad</i>
10	<b>Jordi Giró i Paris</b> <i>El proyecto humanista del cristianismo</i>		
11		<b>R. García / J. A. Traver / I. Candela</b> <i>Aprendizaje cooperativo</i>	
12			<b>Enric Canet</b> <i>Pobreza y exclusión social</i>
13	<b>Antonio Botana</b> <i>La escuela como proyecto evangélico</i>		
14	<b>Francesc Torralba</b> <i>Pedagogía de la vulnerabilidad</i>		
15			<b>Juan Escámez / Ramón Gil</b> <i>La educación para la ciudadanía</i>
16	<b>Agustín D. Moratalla</b> <i>Educar para una ciudadanía responsable</i>		
17		<b>Javier A. Arroyo</b> <i>Acción responsable</i>	
18			<b>Pedro Sáez</b> <i>Educar en una escuela intercultural</i>
19	<b>María Nieves Tapia</b> <i>Aprendizaje y servicio solidario</i>		
20		<b>Félix García Moriyón</b> <i>Familia y Escuela</i>	
21			<b>Kosé M. Domínguez Prieto</b> <i>Razones para el compromiso</i>

ESCUELA SOLIDARIA

– Cuaderno 20 –

# Familia y Escuela

Félix García Moryllón

 COLECCIÓN  
acciónsocial

**Familia y Escuela**  
**Félix García Moryllón**

© Félix García Moryllón

© Editorial CCS

© Publicaciones ICCE  
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)  
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid  
[www.icceciberaula.es](http://www.icceciberaula.es)

Primera edición 2012  
Segunda edición 2019

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# SUMARIO

<b>1. ¿Qué es educar?</b> .....	<b>7</b>
<b>2. Los sujetos de la educación</b> .....	<b>11</b>
2.1. Los niños y los jóvenes como educadores .....	11
2.2. La educación en la escuela .....	14
2.3. Los agentes sociales como educadores .....	17
2.4. La familia como educadora .....	20
<b>3. De la familia y sus transformaciones</b> .....	<b>25</b>
3.1. Una nueva concepción de la infancia .....	26
3.2. Una nueva concepción de las relaciones de pareja .....	29
3.3. Una nueva forma de entender el compromiso matrimonial .....	33
<b>4. De la familia y la escuela como instituciones específicamente educativas</b> .....	<b>39</b>
4.1. La familia educadora .....	39
4.2. La escuela y su doble función .....	43
<b>5. Los pasos de una posible colaboración</b> .....	<b>47</b>
5.1. La ausencia de relación .....	47
5.2. El reparto de funciones .....	49
5.3. Las relaciones perversas .....	52
5.4. La colaboración activa .....	55
<b>6. A modo de muy breve conclusión</b> .....	<b>59</b>
<b>Bibliografía comentada</b> .....	<b>61</b>



## 1. ¿QUÉ ES EDUCAR?

Me parece importante realizar unas aclaraciones previas sobre lo que debemos entender por educación, aunque es un tema sobre el que ya se ha escrito mucho, por lo que parte o casi todo lo que aquí menciono no va a resultar nada nuevo y yo mismo lo he expuesto ya en otros lugares.

La educación viene determinada por las específicas características del ser humano: indefinición inicial y necesidad de un largo proceso de aprendizaje. Es cierto que poseemos de nacimiento, inscrito en nuestros genes, un conjunto de pautas de comportamiento que se manifiestan en nuestra vida; hacen referencia sobre todo a aspectos básicos de la conducta humana, grabados en nuestro patrimonio genético tras millones de años de evolución. No obstante, dada la complejidad del ser humano, tanto a nivel individual como social, es mucho lo que es necesario aprender si se quiere tener alguna posibilidad de éxito a lo largo de todo el ciclo vital. Por eso el proceso de aprendizaje es bastante largo, mucho más largo que en los seres cuyos procesos de pensamiento y hábitos sociales son más próximos a los nuestros. Ya el estricto proceso de maduración es inusitadamente prolongado, alrededor de 18 años para cerrar el ciclo de crecimiento y maduración biológica, y más largo todavía es el proceso de aprendizaje en sentido general, hasta el punto de poder decir que es tan largo como la propia vida: nos seguimos educando y aprendiendo hasta que nos morimos. Por otra parte, la cultura, que viene a suplir las pautas innatas ausentes y a modelar las que están presentes, va incrementado considerablemente las exigencias de aprendizaje: en las sociedades complejas como la nuestra, las necesidades educativas han crecido de forma notable y algunas de las pautas aprendidas en su momento pueden quedar obsoletas al cabo de unas décadas e incluso en un plazo de tiempo mucho más breve, lo que nos obliga a reiniciar el proceso de aprendizaje cuando dábamos por supuesto que podía estar terminado.

Este aprendizaje puede entenderse en dos niveles: uno más general, al que podemos llamar socialización o endoculturación, mediante el cual el individuo

recibe las pautas de comportamiento propias del grupo al que pertenece y sería el más parecido al que poseen los animales más próximos a nosotros, en la medida en que supone una apropiación en gran parte inconsciente de numerosos y decisivos modelos de conducta. Tiene, sobre todo, connotaciones grupales y va unido a la supervivencia de la especie. No debe ser reducido ni a imposición ni a adoctrinamiento, aunque a veces los adultos lo plantean así, porque el sujeto es siempre un individuo activo en los procesos que le conciernen. Pensemos, por ejemplo, en cuestiones tan elementales y básicas como la alimentación y vestido: disfrutamos comiendo un buen filete de carne, algo que un indio consideraría muy reprochable, pero nos repele la posibilidad de tener que comer carne de mono o de perro. Esa es una de las múltiples consecuencias de la socialización o endoculturación que hemos recibido. Podemos pensar igualmente en los modales que regulan la vida social y que nos impiden, por ejemplo, eructar abiertamente al terminar una comida; o en costumbres de más calado, como la circuncisión o la infibulación. El peso que todos estos hábitos van a tener en nuestra manera de entender el mundo y en nosotros mismos es considerable, pues introducen algunos sesgos que ayudan a entender por qué a veces es tan difícil erradicar actitudes como la xenofobia. Si esta consideración vale para estos hábitos, mucho más peso tendrá si nos fijamos en el eje central de todo proceso de socialización: el lenguaje, algo que aprendemos sin ninguna reflexión consciente explícita, excepto la que supone el mismo aprendizaje y el hecho mismo de hablar. Los que sí saben la importancia que tienen todos estos recursos fundamentales son los adultos que toman decisiones sobre lo que debe ser transmitido a los niños desde el nacimiento, y eso explica, por ejemplo, la virulencia con la que se plantea el tema del idioma en comunidades socialmente bilingües.

Un segundo nivel es el propiamente educativo, es decir, el que implica una apropiación consciente de esas pautas de comportamiento, algo exigido igualmente por las características del ser humano, que en realidad son extensivas a todos los seres vivos: organismos activos que nos dirigimos al medio ambiente que nos rodea para realizar nuestro específico e irreplicable proyecto vital, con la posibilidad en nuestro caso de introducir modificaciones en ese medio para que responda mejor a nuestras necesidades. Todo proyecto encaminado a imponer sin margen alguno de divergencia un determinado modo de vida está destinado al fracaso antes o después. Tanto los individuos humanos como las sociedades desarrollan modos de actuar para hacer frente favorablemente a las exigencias que les plantea el medio ambiente en el que viven, pero tienen también la posibilidad de seleccionar ellos mismos el medio ambiente en el que



quieren vivir, lo cual significa no solo que pueden ir a un lugar u otro, sino que pueden igualmente modificar el ambiente en el que viven para que responda mejor a sus expectativas. La revolución neolítica es un perfecto ejemplo de esta compleja adaptación y transformación del medio ambiente. Ambos procesos se dan, como es lógico, con las limitaciones que cada parte impone; ni estamos absolutamente determinados por el medio ni podemos hacer con el medio lo que nos venga en gana. De ahí que los procesos de socialización que no han sido autodestructivos hayan procurado siempre dotar a sus nuevos miembros, a los niños, de instrumentos que les permitieran realizar esa apropiación reflexiva de su acervo sociocultural, incluyendo la capacidad de introducir innovaciones creativas. Es posible que una de las causas por las que las sociedades occidentales han adquirido una cierta ventaja en los últimos siglos sea el haber incorporado a su proceso de socialización esa tendencia a la innovación poniéndola por delante incluso de la conservación de la propia tradición. En los momentos en los que se da una genuina libertad de expresión —un importante logro en estas sociedades— se incrementa el número de respuestas alternativas que los individuos y los grupos dan para hacer frente a los problemas que les ocupan.

La necesidad de un proceso de educación reflexivo y muy estructurado viene además determinada por la creciente complejidad de las sociedades humanas contemporáneas. Es algo que ya mencionó en su momento Dewey y que el paso del tiempo no ha hecho más que acentuar. El repertorio de comportamientos que debe aprender una persona que vive en un ambiente rural y que no va a entrar en contacto con otras culturas en toda su vida, ni va a hacer frente a innovaciones radicales en los modos de producción de riqueza, es sin duda mucho

menor que el que le hace falta a una persona nacida en las sociedades avanzadas actuales. La prolongación de la escolarización obligatoria, así como de todo el ciclo vital de la adolescencia, está en parte provocada por esta situación que demanda de los ciudadanos una preparación mucho mayor. Tenemos que proporcionar a nuestros niños y jóvenes los recursos necesarios para que sepan vivir en sociedades multiculturales que además pretenden ser democráticas. Esta exigencia ha adquirido una importancia tan decisiva que puede estar provocando una situación de retroalimentación negativa con los fenómenos de exclusión social. Aquellos colectivos que, por diversas razones, no pueden desarrollar estas destrezas de alto nivel, tienen una probabilidad bastante mayor de verse definitivamente excluidos del sistema social, o reducidos a papeles muy secundarios; al mismo tiempo, el hecho de quedar al margen del sistema social impide el desarrollo de las destrezas necesarias para no desvincularse comple-

tamente. El escenario de una exclusión de amplios sectores de la población no es en absoluto una quimera especulativa, sino una real amenaza con consecuencias tan dramáticas como las que indican las predicciones de un colapso demográfico en África; un paseo por las zonas de exclusión social en nuestro propio país puede desvelar la gravedad del problema para algunos jóvenes que bien pronto comienzan una espiral de exclusión (fracaso escolar), delincuencia (modo negativo de auto-afirmación), mayor exclusión (centro educativo especial o cárcel), cerrada con frecuencia por una muerte temprana. Sin llegar a esos extremos, la distancia entre quienes de veras intervienen y toman decisiones y quienes ven progresivamente reducida su participación efectiva en la vida social, se está incrementando en los últimos tiempos.

Siendo cierta, como lo es, la necesidad imperiosa de incrementar la educación para poder estar incluido en los procesos de producción de riqueza de las sociedades avanzadas, es decir, en el mundo del trabajo, no es lo fundamental, y así lo veía Dewey. El aspecto crucial de una educación avanzada reside en el proyecto mismo de la sociedad democrática: si queremos organizar una sociedad en la que todo el mundo participe como personas activamente implicadas en la gestión de lo público, necesitamos personas educadas. Eso es lo que vio claro el mismo Dewey, pero también otras muchas personas implicadas en la transformación de la educación, vinculada a un proyecto político. Tanto el trabajo como la vida política han aumentado considerablemente las exigencias educativas de las poblaciones de las sociedades complejas actuales, y eso tiene específica repercusión en la distribución de los roles que deben asumir los diferentes implicados en los procesos educativos, como veremos más adelante.

En ambos niveles —el de la socialización y el de la educación reflexiva— van indisolublemente unidos aspectos que podemos denominar contenidos, junto a otros aspectos que podemos denominar procedimientos. Tenemos que aprender tanto lo que tenemos que hacer como la manera en que debemos hacerlo, si bien no se pueden aprender por separado: solo podemos separar ambos desde un punto de vista analítico, pero nunca en la realidad. Garantizar en estos momentos una atención preferente a los procedimientos se debe más bien a ese impresionante flujo de información y complejidad social que caracteriza el mundo moderno. Es por eso, probablemente, por lo que el último informe elaborado bajo los auspicios de la UNESCO base la educación en cuatro pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser.

## 2. LOS SUJETOS DE LA EDUCACIÓN

Una buena manera de empezar este apartado es retomar una idea bien expuesta por Pablo Freire y sintetizada en una frase que se ha convertido en un tópico en la filosofía de la educación: «Nadie educa a nadie, los seres humanos se educan en comunidad». Habitualmente se entiende que el proceso educativo se da siempre entre adultos y niños, siendo los primeros los educadores y los segundos los educandos. Sin duda hay mucho de verdad en ello y en gran parte es en esa dirección en la que se produce la específica relación interpersonal que llamamos educación. No obstante, el proceso no es tan sencillo y no es prudente jamás olvidar que, en un sentido más general de la palabra, los adultos somos igualmente educados por los niños y los jóvenes y, lo que quizá sea más importante, los niños y los jóvenes se educan entre sí.

### 2.1. Los niños y los jóvenes como educadores

Que los adultos también somos educados por los niños y los jóvenes es casi una verdad elemental y bastante obvia, oscurecida posiblemente por el hecho de que tendemos a identificar la educación sobre todo con transmisión de conocimientos y traspaso de las normas del grupo a las personas que se encuentran todavía en la etapa de maduración personal. Si nos fijamos con algo más de detalle en lo que de hecho ocurre, tanto en la familia como en la escuela, por centrarme en las dos instituciones que más directamente me interesan en este trabajo, los adultos —profesorado, madres y padres— tenemos que reajustar constantemente nuestros enfoques pedagógicos dependiendo del tipo de alumnado que tengamos enfrente. No se puede educar a todos igual, y la respuesta que nos dan los alumnos concretos nos obliga a modificar nuestra manera de actuar. Ya dije antes que los niños no son sujetos pasivos y constantemente, con su conducta, nos van diciendo cuáles son sus expectativas, qué es aquello que encaja con ellas, qué es lo que les ayuda a crecer y qué es lo que rechazan o so-

portan con cierta resignación, más obligados por su propia impotencia frente a los adultos que por convencimiento. Si no adulteramos radicalmente la educación y la convertimos en un rígido corsé al que tiene que someterse todo individuo, nos daremos cuenta de que cada grupo es educado de una manera distinta.

Eso vale incluso para los hijos en el caso de una familia con varios hermanos. Desde recién nacidos, cada uno de los hijos muestra ya una identidad específica, única e irrepetible. Tanto la madre como el padre adaptan las pautas educativas al temperamento de cada uno de sus hijos y es por eso por lo que no educan a todos de la misma manera. Por eso no es extraño escuchar comentarios en los que se llama la atención sobre el hecho de que uno de los hijos es fácilmente educable mientras que otros proporcionan bastantes quebraderos de cabeza. Hay quienes realizan generalizaciones probablemente abusivas y mencionan, por ejemplo, que las niñas se educan o crían bastante mejor que los niños. Es más, existe cierto refrán popular que afirma, con cierto aire exculpatorio para los progenitores, que los hijos han sido bien educados, pero mal aprendidos. Desde el momento en que nacieron nuestros hijos, sabemos ya que lo que sirvió con uno no sirve siempre con el siguiente, siendo bien distintas las exigencias y demandas de cada uno de los hijos. Por más que la igualdad en el trato sea un objetivo que toda madre y todo padre debe tener siempre presente, no es posible, y a lo que deben aspirar es a dar a cada uno lo que más le puede ayudar a crecer como persona, aunque con eso se corra el riesgo de hacer distinciones que pueden ser vividas por los receptores como discriminaciones.

La consecuencia es clara, aunque no siempre la llevemos a la práctica. Los adultos debemos escuchar atentamente a los niños y adolescentes para poder reajustar constantemente nuestra conducta pedagógica a los rasgos específicos, únicos e irrepetibles de cada persona. Por eso nunca dejamos de aprender a ser educadores, pues nos mantenemos en una búsqueda permanente de nuevos enfoques educativos. Los niños son una fuente constante de aprendizaje para nosotros y al mismo tiempo un reto a nuestra capacidad de llevar adelante un pensamiento cuidadoso y creativo. Con bastante frecuencia eso es lo que hacemos, aunque también a menudo no les escuchamos de verdad y, por lo tanto, no les ofrecemos la ayuda que realmente necesitan. En algunos casos, fracasan todos nuestros esfuerzos y no logramos dar con la respuesta adecuada. Cuando tenemos un alumno verdaderamente complicado en el aula, es relativamente normal que la familia comparta con el profesorado su impotencia y nos diga que han probado de todo sin ningún éxito. Bien es cierto que en muchas ocasiones no es una descripción correcta de lo que sucede y es posible detectar fallos elementales en la forma de educar a los hijos, pero en otros casos es completa-

mente cierto y hay niños que terminan agotando por completo la paciencia de quienes tienen la responsabilidad de quererles y educarlos.

Los niños, por tanto, desempeñan un papel muy importante en el proceso educativo y asumen un protagonismo que a veces no se les reconoce. Es más, también son ellos educadores de los adultos porque cada generación llega a un mundo que no es el mismo que vivieron sus progenitores, lo que le supone plantear exigencias novedosas y proponer también alternativas innovadoras para hacer frente a lo que se les viene encima. Desde niños quieren vivir su propio mundo, no el de los adultos, y una de las primeras oposiciones grupales que se generan en la vida de los seres humanos es precisamente la que enfrenta o distingue claramente adultos y niños. No se trata de que siempre vaya a haber un conflicto generacional, pues no tiene por qué plantearse de una manera radical o rupturista, pero desde luego lo que a ellos les ocupa es su mundo, no el nuestro, y para ello están obligados a buscar nuevas respuestas, de las que nosotros también podemos aprender mucho. Sin caer en un seguidismo bobalicón, no cabe la menor duda de que los jóvenes y los niños aportan ideas que deben ser tenidas en cuenta por los adultos.

Es más, como parece dejar bien claro la psicología social, los niños no aspiran a parecerse a sus mayores, sino a sus iguales. Saben de sobra que en su vida tendrán que convivir fundamentalmente con gente de su generación y procuran que sus pautas de comportamiento sean similares a las del grupo de referencia para ser de ese modo aceptados y reconocidos por los iguales. El mecanismo de aprendizaje más novedoso y más potente de los seres humanos es el de la imitación; pasamos gran parte del tiempo observando a las personas que nos rodean, cómo hablan y cómo se comportan, qué ropa llevan y a qué actividades se dedican. En quienes más nos fijamos, lógicamente, es en las personas como nosotros y por eso, los niños se incorporan a la vida social, lo que ocurre sobre todo al acudir a la escuela, empiezan a fijarse en lo que hacen otros niños y adaptan su conducta a las normas predominantes en su grupo. Insisto en ello, un niño quiere parecerse a otro niño, no a su papá. Del mismo modo, las niñas quieren parecerse a las niñas, no a su mamá. Y una vez que hay suficiente número de niños en un grupo, observamos que los niños quieren parecerse a los niños y las niñas a las niñas, consolidando desde muy temprana edad ciertas y claras diferencias basadas en el sexo.

Estamos acostumbrados a escuchar que en la adolescencia es fundamental el papel que desempeñan los grupos y las pandillas en la definitiva configuración de la personalidad de cada uno. Sabemos que es así y lo aceptamos: son las compa-

ñías que frecuentan los niños y adolescentes uno de los motivos fundamentales de preocupación de madres y padres. Por eso procuran seleccionar los colegios a los que acuden sus hijos, para tratar de garantizar que allí se encuentren con las compañías adecuadas; o los sacan de un determinado colegio precisamente porque no quieren que sigan adelante unas relaciones interpersonales con otros niños o adolescentes cuyo comportamiento no les parece apropiado. Pues bien, eso no ocurre solo en la adolescencia, sino que se manifiesta ya en la escuela infantil o en el parque al que acudían a jugar nuestros hijos. Estos siempre van a preferir, para sus juegos y sus actividades cotidianas, la compañía de otros niños antes que la de su padre o su madre, a quienes acudirán en busca de protección o apoyo en caso de conflicto o de problemas, pero no en muchas más ocasiones.

Una consecuencia importante de lo que acabo de exponer es que el papel de la familia, en concreto del padre y la madre, en la educación de los hijos es mucho menor del que se suele aceptar. Aquellos influyen sin duda en el comportamiento de sus hijos, pero lo hacen sobre todo porque les transmiten toda una carga genética, que tiene un peso decisivo en el desarrollo de la personalidad de cada uno. Descontado lo heredado genéticamente, disminuye drásticamente el peso de la educación auspiciada por la familia. Como bien se sabe a partir de los datos aportados por el estudio de niños adoptados, estos terminan pareciéndose bastante más a sus padres biológicos que a los adoptivos. Por la misma regla, tiene más influencia en el cambio de pautas de comportamiento de un joven cambiarle de barrio y escuela, permaneciendo en la misma familia, que cambiarle de familia sin abandonar el barrio y la escuela en la que frecuenta las compañías de su edad. Es posible que muchos se resistan a admitir algo que parece-estar tan claro, si bien es cierto que también son muchos los adultos que pueden comprobar, a poco que sean observadores, que sus hijos parecen hacer más caso a los amigos que a los adultos, algo que va aumentando precisamente conforme crece la autonomía en su actuación. Por otra parte, no hay nada de lo que lamentarse; en definitiva, educar consiste sustancialmente en preparar a los niños para que puedan vivir su propia vida en la sociedad que les ha tocado vivir, y de nada serviría intentar que vivieran la vida que sus adultos tuvieron que vivir en la anterior generación.

## **2.2. La educación en la escuela**

La escuela es un invento relativamente reciente en la historia de la humanidad. En el nivel que nos interesa en este trabajo, el que se centra en la educación básica, elemental u obligatoria, hay que situarse en el renacimiento europeo para empezar a ver instituciones parecidas a lo que hoy entendemos por colegios o

escuelas. Desde luego que con anterioridad habían existido lugares y tiempos en los que a un reducido grupo de niños y jóvenes se les proporcionaba una educación más cuidada y elevada que al resto de la población, pero eso poco tiene que ver con la educación formal generalizada en instituciones especialmente diseñadas para dicho objetivo y dirigida a la totalidad de la población. Es más, la exigencia de una educación universal y obligatoria, de la que se hace cargo un personal especializado, es algo que empieza a ser planteado a finales del siglo XIX y, al menos en España, no se consigue hasta bien entrados los años setenta del siglo XX.

Dos son las causas que han provocado el nacimiento y posterior crecimiento y consolidación de la educación universal y obligatoria, que figura incluso como uno de los derechos humanos fundamentales tal y como se recoge en la Declaración de 1948. Por un lado, es una exigencia de los cambios sociales que se producen conforme avanza la sociedad industrializada. La población acude masivamente a las ciudades que crecen desmesuradamente, dejando de ser la calle un lugar acogedor para la socialización de los niños, algo que se daba en entornos rurales o en ciudades pequeñas en las que los niños podían permanecer en la casa y sus proximidades sin ningún tipo de riesgo, ejerciendo la familia, pero también los vecinos y allegados, la tarea de cuidado y vigilancia al mismo tiempo que se les iban inculcando los valores socialmente vigentes. Las calles de las ciudades son lugares más bien inhóspitos para los niños y desde luego no se les puede dejar solos, pues serían incapaces de hacer frente a los problemas que la vida urbana callejera plantea.

Al mismo tiempo la extensión del salariado como régimen de trabajo generalizado impone serias limitaciones a las posibilidades de la familia para hacerse cargo de la crianza y educación de los niños. En una época de predominio de la agricultura, el problema no era acuciante y ya con seis o siete años los niños podían acompañar a sus padres al campo y ayudar en las tareas agrícolas o colaborar en las tareas domésticas, incluido el cuidado y atención de los hermanos más pequeños. No es ese el caso de una economía industrial, en la que el trabajo se realiza en espacios cerrados, con ritmos y horarios perfectamente controlados. En un principio puede mantenerse parcialmente la situación anterior, en la medida en que solo los hombres se incorporan a la industria o los servicios, mientras que las mujeres quedan a cargo del hogar, incluidos, claro está, los hijos. Ya a comienzos del siglo XX empieza a crecer considerablemente el número de mujeres que salen a trabajar fuera de casa, y esa tendencia no ha hecho más que acentuarse durante todo el siglo XX y sigue en la actualidad en crecimiento. Nadie permanece en el hogar, por tanto, para cuidar a los niños, y las madres (especialmente las madres), que buscan la incorporación al merca-

do laboral, exigen la existencia de centros educativos en los que puedan dejar a sus hijos para que sean cuidados. La tendencia, como digo, ha sido imparable y nos ayuda a entender por qué en estos momentos avanzamos a gran velocidad hacia la escolarización universal a partir de los tres años, siendo ya bastante significativa la escolarización en edades más tempranas.

Junto a esta tarea de guardia y custodia de la escuela, absorbiendo cometidos que hasta ahora habían sido competencia casi exclusiva de la familia, las escuelas se imponen igualmente como espacios en los que poder ofrecer a las nuevas generaciones la formación necesaria para poder sobrevivir en sociedades cada vez más complejas, y esa es su tarea más propia. La alfabetización, sin ir más lejos, se ha convertido en una necesidad ineludible en este tipo de sociedades, que se verían abocadas a serios problemas de funcionamiento si no consiguieran un elevado nivel de comprensión lectora en todos los ciudadanos. Pero también una gran cantidad de trabajos exigen conocimientos que solo pueden ser adquiridos en centros especializados, con personal también especializado. Por centrarme solo en las dos áreas instrumentales básicas, la lengua y las matemáticas, resulta del todo impensable que en el hogar, sometido además a ese esfuerzo de trabajar en el exterior, el padre o la madre puedan hacerse cargo de esos aprendizajes. Lo mismo podemos decir de otras áreas igualmente imprescindibles en una sociedad, como puede ser el conocimiento de la propia historia para desarrollar en los individuos un sentido de la pertenencia al grupo. Los conocimientos acumulados por la humanidad, así como la complejidad de muchas de las tareas que ineludiblemente tenemos que resolver en la vida cotidiana, llevan a la escolarización obligatoria atendida por profesionales. Aquí la tendencia sigue creciendo en estos momentos: cada vez hay más escuela, más tiempo y con personas a su cargo mejor preparadas. La educación es probablemente el sector más productivo de la economía en las sociedades avanzadas, quizá solo superado por el tráfico de drogas y la industria del sexo.

Vivimos además en sociedades que pretenden ser democráticas, y ese objetivo favorece también la aparición y consolidación de la escuela. Será en ella donde los niños y jóvenes aprendan a vivir con sus iguales, enfrentados a los conflictos normales que plantean la coincidencia de personas con pretensiones distintas y necesidades también diferentes. Es en la escuela donde desarrollan la exigencia de justicia y equidad y donde se ven obligados a practicar la tolerancia. Todo ello, claro está, con serios matices que no puedo exponer en estos momentos.

Esta estrecha conexión entre escolarización generalizada y régimen político democrático se puede descubrir ya en la Grecia clásica, la de la democracia



ateniense, una sociedad en la que aparecieron las escuelas con un profesorado especializado, los sofistas.

En la sociedad moderna, la escuela contribuye a esos ideales democráticos no solo favoreciendo la convivencia entre iguales, sino también haciendo posible uno de los dogmas del liberalismo, dominante desde las revoluciones ilustradas del siglo XVIII. Cuando la sociedad deja de aceptar la herencia y la pertenencia a un grupo social como elemento legitimador de la desigualdad social, afirma que es solo el propio mérito y trabajo el que convierte en legítima la distribución de las posiciones sociales. Ocuparán cargos dirigentes no los hijos de nobles, sino aquellos que con su estudio y esfuerzo personal logren alcanzar la formación necesaria para ocuparlos. La escuela se convierte así en pieza clave para la movilidad social y para la legitimación de la estratificación social. Es cierto que ambos objetivos pueden ser contradictorios, y son muchas las denuncias del papel de la escuela en la reproducción y legitimación de las desigualdades sociales, pero eso no quita su contribución a la movilidad social; de hecho las familias son bien conscientes de que un largo proceso educativo es condición necesaria, y a veces suficiente, para que sus hijos alcancen una buena posición social, y es eso lo que están pidiendo cuando exigen más y mejores escuelas.

### **2.3. Los agentes sociales como educadores**

Cuando se habla de sujetos educadores es ineludible hacer referencia a los agentes sociales. Es, claro está, un terreno tan difuso y vaporoso como real y eficaz. En nuestra sociedad, más allá y más acá de la familia, los compañeros y las escuelas, están esos agentes sociales que contribuyen a lo que en la literatura sociológica y pedagógica se llama la educación informal. Entran bajo esa rúbrica sujetos e instituciones muy diversas. Por descontado, están los medios de comunicación social, con la televisión ocupando un lugar preferente, sobre todo cuando hablamos de niños pequeños, que todavía no saben leer. Un lugar no despreciable lo ocupa el amplio mundo de las compañías discográficas, sobre todo en la etapa de la adolescencia, y el de la publicidad, con una constante transmisión de modelos de vida que se presentan como deseables. Más débil es la influencia del entorno social inmediato, la población del barrio en el que se encuentra el propio domicilio. En las poblaciones urbanas, en las que viven ya cerca del 60 por ciento de la población, es pequeño el papel que este ambiente ejerce, dado el individualismo imperante y el completo anonimato que rodea la vida de las personas.

Existen igualmente instituciones cuya finalidad directa y exclusiva es crear opinión, esto es, generar determinadas ideas sobre la sociedad, la cultura, el ser humano, la economía..., dotarlas de una sólida coherencia y una igualmente potente argumentación para respaldarlas y posteriormente diseñar las estrategias para difundir esas ideas entre la población en general, consiguiendo de ese modo que su manera de ver el mundo se convierta en la socialmente vigente. Utilizan, como es obvio, los medios de comunicación social para transmitir sus mensajes, pero recurren igualmente a todo tipo de mecanismos de difusión cultural: gestionan editoriales, productoras de cine, parques temáticos, compañías discográficas, fundaciones culturales, emisoras de radio y televisión... Desde sus consejos de administración se decide qué se debe difundir y cómo hacerlo. Un perfecto ejemplo de estos conglomerados en España, quizá el más poderoso de todos, es el grupo Prisa, con el diario El País y la Cadena Ser como buques insignia de su proyecto de creación de opinión pública. Sin necesidad de centrarnos en los grandes grupos mediáticos, estrategias parecidas las llevan adelante organismos públicos y grandes empresas privadas, con campañas específicas de creación de opinión o imagen.

Su carácter difuso hace difícil que la población en general pueda defenderse de esta masiva y omnipresente tarea de creación de conciencia. Teóricamente serían la escuela y la familia las encargadas de dotar a los niños y jóvenes de los instrumentos necesarios para enfrentarse a la cultura dominante con la capacidad de ser críticos y no dejarse llevar por opiniones y modas que, normalmente, tienen beneficiarios ocultos que no son la ciudadanía en general, ni tampoco los consumidores. Algo de eso hacen y cuanto mayor es el nivel de educación formal de una población más difícil resulta manipularla. Pero el combate tiene algo de desigual. En primer lugar, porque tanto la familia como la escuela son a su vez uno de los destinatarios principales de esos proyectos de control cultural, precisamente porque se sabe bien que en esas dos instituciones se juega una importante baza en la formación de las personas. De ese modo la misma familia reproduce las pautas de comportamiento que impone la sociedad a la que pertenecen. Algo parecido sucede con la escuela, que también termina reproduciendo la cultura dominante más que formando a los niños para que la integren de una manera crítica. El ejemplo que acabo de citar de Prisa es claro: el origen de ese gran conglomerado empresarial e ideológico tiene su base en una editorial de libros de texto que sigue funcionando y, por tanto, transmitiendo en las escuelas un mensaje similar y coherente con el que están difundiendo en el resto de foros a los que tienen acceso.

En segundo lugar, porque los grupos que crean y transmiten valores culturales y maneras de ver el mundo cuentan con unos recursos humanos y económicos

que exceden desmesuradamente los que están a disposición de la escuela o la familia. Difícil tendrá un profesor conseguir motivar e implicar al alumnado en lo que está enseñando con la facilidad con que lo hace una compañía publicitaria que intenta introducir un producto en el mercado. Esta última dispone de unos profesionales y de unos medios de los que carece totalmente el profesorado. Tienen a su disposición a sociólogos que realizan estudios de opinión en el mercado potencial; psicólogos que conocen muy bien cuáles son los mecanismos que generan las motivaciones humanas y cómo se puede incidir en ellas; economistas que analizan con rigor la mejor manera de invertir los recursos y extraer los esperados beneficios; relaciones públicas que dominan los procedimientos que permiten estar siempre en los momentos y espacios en los que más impacto puede tener el mensaje transmitido. Y esto por enumerar solo algunos de los recursos.

Desde luego el juego sería totalmente injusto si no fuera porque tanto la familia como la escuela disponen de bazas a su favor de las que carecen los grupos de creación de opinión. Disponen sobre todo de la baza fundamental, el contacto directo personal que, adecuadamente gestionado —algo que no es excesivamente difícil—, tiene una influencia muy importante en la formación de las ideas y hábitos fundamentales de la gente. Al mismo tiempo ponen a disposición de los niños y jóvenes algo que éstos necesitan y exigen, aunque no lo hagan muchas veces de forma explícita. Ese algo es precisamente los instrumentos con los que intentar dotar de sentido y coherencia a todas esas campañas de propaganda. Los flujos de información son inmensos, pero la gente busca algo más que información, busca sobre todo conocimiento, o sabiduría, esto es, busca generar una propia imagen del mundo que tenga sentido y que les permita dotar de sentido a su propio proyecto personal. Es en el calor y afecto de las relaciones personales directas y en la discusión crítica y reflexiva sobre los temas dominantes donde tanto la familia como la escuela pueden y deben jugar sus bazas.

Por otra parte, plantear ese conflicto real entre educación informal y educación formal y familiar no debe llevarse hasta el extremo de considerarlo irresoluble o dominante. Si bien se puede hablar de una cultura hegemónica en un momento determinado, y ahora la hay sin duda alguna, esta nunca es del todo monolítica; el pensamiento único del que mucho se habla no pasa de ser una metáfora para denunciar el papel preponderante que algunos medios ejercen en la creación de una opinión pública. Los grupos y los intereses que representan y defienden no son todos iguales, y todos ellos se esfuerzan por incrementar las dimensiones de su ámbito de influencia. Esa división y enfrentamiento que se da entre

grupos de influencia se reproduce igualmente en las familias y las escuelas, de tal modo que en algunos casos pueden entenderse las relaciones mutuas como relaciones de enfrentamiento, mientras que en otros casos pueden entenderse como relaciones de estrecha colaboración.

Lo que no deja de ser un hecho preocupante para muchas familias es observar cómo sus esfuerzos por dotar a sus hijos de unos determinados valores chocan frontalmente con los valores dominantes, difundidos por esos grupos de presión de los que acabo de hablar. Un buen ejemplo puede ser la educación religiosa; hay familias que intentan con toda su capacidad y esfuerzo que sus hijos compartan las creencias religiosas en las que se apoya el sentido que dan a la vida. El influjo de la familia se mantiene hasta la primera adolescencia, pero luego es con frecuencia borrado por el influjo de la opinión dominante. En este caso tenemos que reconocer que la opinión compartida por la mayoría de los grupos que generan opinión no es básicamente creyente, es decir, mantiene una actitud de completa indiferencia ante el hecho religioso, indiferencia que termina siendo asumida como propia por los hijos cuando ya son jóvenes.

Algo similar se puede decir de otros valores igualmente fundamentales en la configuración de la propia identidad. El profesorado puede volcarse en educar a sus alumnos en un trabajo cooperativo y solidario, pero la sociedad difunde de manera masiva el culto a la competitividad como fuente de riqueza y felicidad, por lo que es bastante probable que esos alumnos terminen compartiendo los valores sociales dominantes y no los que le muestra su profesor. Familia y escuela pueden intentar cooperar para que los niños y jóvenes se den cuenta de la importancia de la motivación de logro y del esfuerzo personal, con rigurosos niveles de exigencia; sin embargo, la cultura dominante es una continua exaltación de la satisfacción de las necesidades y caprichos de las personas en una exuberante y lucrativa oferta de bienes de consumo. Los ejemplos podrían seguir, pero no creo que sea necesario.

## **2.4. La familia como educadora**

Poco voy a extenderme en este apartado, pues sobre lo que aquí se incluye ya he ido comentando algunos aspectos y voy a volver a hablar más adelante. El acuerdo al respecto sigue siendo unánime, tanto si adoptamos una perspectiva diacrónica, en la que nos fijemos en cómo ha sido considerada la familia a lo largo de la historia, como si planteamos un análisis sincrónico, observando cómo se concibe la familia en diferentes contextos culturales. El papel de esta

en la educación fundamental de los hijos es decisivo e insustituible, aunque hayan existido algunas experiencias sugerentes en las que se ha optado por una organización social en la que la familia no desempeñaba ningún papel en esta tarea. Desde los más remotos orígenes de nuestra especie ha resultado imprescindible contar con una familia estable, esto es, con unos adultos que se hicieran cargo de la socialización de la prole. La larga etapa de desarrollo infantil, hasta poder valerse por sí mismos, así como la complejidad de las relaciones sociales de las que dependía la subsistencia del grupo y de los individuos que lo formaban, exigían una implicación activa, duradera y estable de los adultos en la crianza de los niños. No es extraño por eso mismo que la especie humana sea una de las que muestra una mayor implicación de los dos adultos, el padre y la madre, en la crianza de los hijos.

Bien es cierto que, hecha esa observación general, no hemos avanzado gran cosa. Tan irrenunciable es la familia como diversa su configuración. Son muchos y variados los tipos de familia que se pueden encontrar a lo largo del tiempo y en diferentes culturas; incluso en el momento actual, en nuestra sociedad comienzan a verse estructuras familiares muy diversas, que rompen la imagen de una familia modelo que pueda servir de referencia para todos. Volveré sobre ello en el siguiente apartado. Podemos quedarnos, sin embargo, con un rasgo que es el que nos importa aquí. La familia se caracteriza por una convivencia muy próxima de los adultos con sus hijos, convivencia que se prolonga a lo largo del tiempo y que se hace responsable de que los recién nacidos puedan ir desarrollándose de manera adecuada, de tal modo que lleguen a formar parte de la sociedad como adultos autónomos. El hecho de que puedan existir familias sin hijos, que cumplen otras funciones muy importantes para la organización de la sociedad, no nos incumbe en este momento. Lo que importa para este trabajo es recalcar que resulta muy difícil plantear la educación y socialización de los hijos prescindiendo de la familia, por no decir que es simplemente imposible. Cuando, por necesidades impuestas y no elegidas, se da el caso de tener que criar niños sin una familia, los problemas se multiplican y las instituciones que se hacen cargo de la tarea procuran aproximar su funcionamiento al que sería propio de una familia. De igual forma, cuando existen serios problemas en una familia, la educación de los hijos se resiente seriamente.

Como bien se han encargado de desvelar los psicólogos evolucionistas, que en los últimos tiempos están haciendo contribuciones muy importantes a la comprensión de la conducta de los seres humanos, la influencia de las familias en la formación de sus hijos es doble. Por una parte, aportan a los hijos un código genético en el que ya están preprogramadas conductas muy relevantes para la vida de

las personas. Algunos millones de años de evolución de los homínidos, de los que directamente descendemos, han dejado una impronta en nuestros genes que ha garantizado la supervivencia. Pautas como el altruismo recíproco, la solidaridad con los familiares, las emociones de miedo o los sentimientos de atracción por la pareja, han sufrido un proceso de selección adaptativa y han quedado grabadas en el código genético de todos los seres humanos, siendo transmitidas de los progenitores a sus hijos. Los psicólogos que han realizado estudios sobre el desarrollo de gemelos educados en familias diferentes, o sobre adopción de niños, coinciden también en señalar que los rasgos heredados del padre y la madre biológicos tienen un peso decisivo para entender la conducta de una persona, superior incluso a la influencia que pueda ejercer la familia adoptiva. La sabiduría popular refrendaba este «descubrimiento» relativamente reciente cuando constataba ese parecido creciente de los hijos con su padre y su madre. «Cada día se parece más a su madre», es una frase habitual que refleja esa conciencia de que, conforme pasan los años, el peso de lo heredado, lejos de diluirse, se refuerza.

Lo que acabo de decir no exime en absoluto de responsabilidad a la familia, aunque sin duda le facilita la tarea. Mal futuro hubiera tenido la humanidad si todo lo que tenía que aprender un ser humano hubiera dependido exclusivamente de la educación. Pero esta desde luego es decisiva, y aquí la familia desempeña un papel no despreciable ni mucho menos. No hace falta ser un seguidor de Freud para admitir que lo acontecido a un niño en los primeros años de su vida va a tener un impacto de larga duración en su conducta posterior. Tampoco hace falta una gran dosis de perspicacia para ser consciente de que el padre y la madre son quienes más tiempo están con los niños, aunque en esto ciertamente es necesario hacer algunas distinciones y matizaciones, sobre todo en contextos como el que nos está tocando vivir. El hecho es que padre y madre asumen una responsabilidad muy elevada cuando tienen hijos: el serio compromiso de que sus hijos irán adquiriendo, gracias a su apoyo y constancia, los hábitos básicos y los valores fundamentales en los que se apoyará su desarrollo personal y su integración en la sociedad. Bertrand Russell ya lo decía con contundencia; bastante liberal en su manera de entender las relaciones de pareja, tenía muy claro, al menos en teoría, que la sociedad debería dificultar o impedir el divorcio hasta que el hijo más pequeño hubiera cumplido los 18 años. La propuesta puede ser exagerada e incluso contraproducente, pero el mensaje es claro. Tener hijos lleva consigo serias responsabilidades; posiblemente el hecho de que sea así entendido por todo el mundo en estos momentos, ayude a entender por qué el número de hijos por familia ha disminuido notablemente en España.

Podemos terminar todo este apartado donde lo empezábamos. A la familia le cae sin duda un peso notable en la educación de los hijos. Ahora bien, su tarea no la realiza en solitario, sino en el seno de una sociedad en la que son muchas más las instancias que participan en esa educación y, según las etapas de la vida de los niños y adolescentes, a veces con una influencia menor en la educación de su propia prole. Hay, por tanto, un amplio espacio para la colaboración, pero también hay un amplio campo para el conflicto. La familia percibe con mayor recelo la aportación de los amigos, lo que le lleva a presionar constantemente sobre las compañías o amistades frecuentadas por los hijos. Respecto a los medios de comunicación, la imagen que tienen padres y madres es mucho más negativa y en general consideran que son nocivos, en especial la televisión, aunque poco hagan para aminorar esa influencia. Menos tensa es la relación con la escuela, en la que ven una colaboradora natural, aunque puedan darse enfrentamientos relacionados con las competencias que cada institución debe tener. En este amplio campo de relaciones y conflictos pueden encontrar todos los agentes educativos una perfecta excusa para que cada uno, aisladamente considerado, eluda sus propias responsabilidades echando al otro la culpa de los problemas o fracasos que puedan darse en la educación de los hijos. De parte de eso trata lo que viene a continuación.





### 3. DE LA FAMILIA Y SUS TRANSFORMACIONES

Una primera aproximación debe llevarnos a constatar la buena salud de la familia como institución social. Empiezo con esta afirmación algo contundente porque conviene no perder la orientación, dejándonos llevar por interpretaciones alarmistas que suelen producirse con cierta frecuencia. Sin duda, esos cambios han existido y tienen una importancia grande llegado el momento de entender lo que nos puede estar pasando y cómo se deben abordar algunos problemas. Desde luego me voy a fijar en los cambios que más relación guardan con la tarea educativa y socializadora que la familia debe ejercer y de hecho ejerce. Ahora bien, esos cambios no deben llevarnos a pensar que la institución como tal está siendo cuestionada o es poco valorada por la gente. Es cierto que en las décadas de los sesenta y setenta del pasado siglo, hubo un cuestionamiento generalizado del papel de la familia y algunos llegaron a escribir libros pronosticando su muerte como institución social. También es cierto que, desde entonces hasta ahora, los cambios han sido notables y han afectado seriamente a las tareas educativas que tradicionalmente llevaban a cabo el padre y la madre. Sin embargo, el modelo vigente de una familia nuclear con pocos hijos, por regla general dos, sigue siendo el dominante y así aparece en las encuestas que se realizan. Igualmente se constata de forma constante y reiterada que las personas, incluidas los jóvenes, conceden una alta valoración a la familia y la consideran en muchos casos como lo más importante. Rara completar, en general, tanto los adultos como los niños y jóvenes manifiestan sentirse bien en la familia a la que pertenecen. Por si lo anterior no bastara, la crisis de la sociedad del bienestar está revalorizando el papel de la familia para hacer frente a los problemas que afectan a las personas, como el paro, la enfermedad o la misma educación. Debilitados los servicios públicos, son las familias las que pasan a ejercer las tareas que a aquellos les competían.

Ciertamente esos datos, basados en lo que la gente informa, reflejan un cierto sesgo. Las personas pueden estar idealizando su propia situación personal, entre

otras cosas porque a nadie le gusta reconocer que aquello que le es más próximo funciona mal o es difícilmente soportable. También es cierto que esa visión positiva de la familia casa mal con otros datos, como el incremento de los divorcios, los maltratos familiares o el notable retraso en la constitución de nuevos núcleos familiares. No obstante, podemos admitir que, más allá de las críticas y de los cambios, la familia parece gozar de buena salud. Es más, casi me atrevería a decir que uno de los cambios que más se aprecian en las familias actuales respecto a las de las dos generaciones anteriores es la desaparición o debilitamiento de cualquier tipo de conflicto generacional. Los progenitores parecen llevarse bien con sus hijos y estos a su vez tienen una imagen favorable de su padre y su madre, con ámbitos muy reducidos de conflicto que, además, suelen abordarse en un clima de diálogo y respeto mutuo. También es posible interpretar algunas de las crisis que afronta la institución familiar como consecuencia del incremento de las expectativas que las personas depositan en las relaciones familiares. Hay crisis precisamente porque la gente espera mucho más de la familia, en absoluto porque haya dejado de interesarles. Los cambios, no obstante, existen y de ellos debemos dar cuenta.

### **3.1. Una nueva concepción de la infancia**

La forma de entender la infancia ha cambiado mucho a lo largo de la historia y en las últimas décadas se ha producido una transformación muy sustancial, que da sus primeros pasos en los comienzos del mundo moderno, con las reflexiones de Rousseau sobre la educación de los niños, posteriormente sufre un vuelco fundamental después de la Segunda Guerra Mundial que se irá acentuando hasta completarse en cierto sentido a finales del siglo xx. Por resumirlo brevemente, se ha pasado de una concepción del niño como una persona secundaria o de segunda categoría a considerarlo sujeto de pleno derecho. Todavía la clase pudiente inglesa del siglo xix dejaba la tarea del cuidado de los niños al personal de servicio de la propia casa en los primeros años y a los colegios internos hasta que alcanzaban la edad de los 18 años, momento en el que ya se les tenía en cuenta y pasaban a formar parte de la vida familiar cotidiana. Las clases menos pudientes veían en los hijos sobre todo una fuente de riqueza para la familia; los más pobres se pondrían a trabajar desde muy pequeños, ocho o diez años, contribuyendo así con su esfuerzo a garantizar la subsistencia de la familia. De cara al futuro, serían los hijos los que se harían cargo del cuidado de sus progenitores cuando éstos ya no tuvieran capacidad de ganarse el propio sustento.

Nada de eso vale ahora, aunque todavía persisten algunas pautas de comportamiento que preservan concepciones teóricamente superadas. Desde luego, en

sociedades avanzadas económicamente como las nuestras, los hijos han dejado de ser una fuente temprana de recursos económicos o reparto de tareas para la familia y han pasado a ser más bien una fuente de gastos nada despreciable. La edad de dependencia económica respecto a los progenitores se ha prolongado mucho, mínimo hasta los 16 años, pero casi con total seguridad bastante más tiempo. La tendencia en toda Europa, agravada por un modelo de relaciones de producción basado en el trabajo precario y los salarios bajos, junto con la vivienda cara, ha retrasado notablemente el abandono del hogar familiar para fundar una nueva familia o simplemente vivir separados. España bate todas las marcas europeas y eso puede deberse a los valores culturales dominantes, entre los cuales no se encuentra precisamente insistir en que los hijos deben ser autónomos e independizarse lo antes posible para llevar adelante su propia vida. Por otro lado, la sociedad de consumo ha encontrado en los niños un yacimiento muy rico de potenciales consumidores y a ellos está dirigida una amplia propaganda, con numerosos productos que van desde juguetería a parques temáticos, pasando por objetos escolares, ropa, música y también libros y películas. Eso refuerza la percepción de un hijo como un chorreo de gastos que va incrementándose con el paso de los años, desde la primera infancia hasta la adolescencia tardía.

Un momento de inflexión decisivo lo tenemos en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, liderado por algunos psicólogos, pediatras y pedagogos de Estados Unidos, se optó por una relación familiar en la que el niño era situado como centro de la vida familiar. Pasaba de ser un sujeto incompleto, en proceso de maduración y totalmente dependiente de las orientaciones u órdenes impartidas por la madre y el padre, a ser un sujeto al que había que tratar con un cuidado exquisito. Las teorías freudianas, así como el avance en los conocimientos sobre el proceso de desarrollo de los niños, plantearon la exigencia de evitar que los niños pequeños sufrieran experiencias traumáticas o dolorosas que podrían dejar una huella indeleble en su vida adulta, con un enorme costo social y personal. Como es obvio, esto supuso una enorme liberación para la infancia, que hasta ese momento había vivido en total dependencia de los adultos; contribuyó a que disminuyeran sensiblemente los malos tratos y garantizó una atención más adecuada de las necesidades de los niños en su crecimiento. Las opiniones y deseos del niño empezaron a contar mucho más en la organización de la vida familiar, con el riesgo añadido de que eso pudiera conducir a una educación más permisiva.

En la década de los sesenta del siglo pasado, este paidocentrismo se acentuó con la aparición por primera vez en la historia, de la adolescencia y la juventud como etapa del ciclo vital con una identidad propia bien definida. La juventud, como

tal grupo social, surgió básicamente porque se prolongó el tiempo de formación exigido para acceder al mundo profesional de los adultos y porque las familias dispusieron de recursos económicos suficientes para sostener durante un período más largo a sus hijos: renunciaban a su aportación económica al tiempo que les daban una asignación monetaria periódica para sus gastos personales.

Toda una cultura juvenil se desplegó con fuerza, lo que provocó la aparición de poderosos sectores de la economía que se dedicaban a producir aquello que los jóvenes demandaban, especialmente ropa y música, y también a generarles nuevas necesidades para incrementar su consumo. En un primer momento, se vivió una auténtica ruptura generacional, con unos adultos que apenas entendían las pautas culturales de los adolescentes, mientras que estos últimos se presentaban en directo conflicto con el mundo de valores propio de los adultos. Había algo, o mucho, de provocación en el comportamiento de los jóvenes de aquellas décadas, los sesenta y setenta del siglo xx. En el caso de los más sensibles socialmente, que no eran muchos, el conflicto terminó en enfrentamientos duros, con Estados Unidos y Francia como principales escenarios. Eran jóvenes que estaban en contra de la carrera de armamentos y de la guerra, o en contra de la dictadura de Franco en el caso de España. Los menos sensibles a cuestiones sociales, la mayoría, dirigieron el grueso de su protesta a practicar una mayor libertad de costumbres, con la liberación sexual como bandera, y una gratificación algo hedonista de sus placeres, actitud potenciada por una economía muy basada en el consumo.

De todo aquel vuelco social y cultural, algunas cosas arraigaron y se desarrollaron tanto en España como en países similares al nuestro. Se asentó sólidamente ese paidocentrismo que lleva a los niños a convertirse en el centro del hogar, si bien de una manera algo contradictoria. Se rehúyen los castigos, que dejan de practicarse masivamente, y se está siempre dispuesto a atender sus exigencias, con un gasto considerable en productos infantiles. No está tan claro, sin embargo, que se traduzca en un mayor tiempo de dedicación a la educación de los niños, pues se recurre con excesiva frecuencia a la televisión como «niñera» sustitutiva. Los adolescentes consolidaron también las conquistas conseguidas y se confirmaron como grupo con identidad propia. Implantaron la libertad de costumbres, apenas perturbadas por quejas cada vez más débiles de sus padres y madres, y afianzaron igualmente un considerable nivel de consumo. La extensión del trabajo precario y a tiempo parcial de los jóvenes en los últimos años ha venido a reforzar esa capacidad de consumir, sin necesidad de pedir dinero directamente en casa, exceptuando el que supone la comida y la vivien-

da. Desapareció, sin embargo, lo que podía haber de conflicto generacional; las madres y los padres de los adolescentes de principios del siglo xxi son los que ya vivieron en su día la revolución juvenil, por lo que los adolescentes actuales no muestran unos valores contrarios a los de sus progenitores, sino que los perpetúan y radicalizan. Las relaciones entre las dos generaciones son, en general, buenas; los niños y adolescentes se sienten a gusto en su casa, consideran que mantienen una buena relación con los mayores y no sienten ninguna necesidad de abandonar el hogar familiar forzados por dificultades de convivencia. El conflicto se reduce a la hora de regresar a casa por la noche, conflicto que no dura más de unos meses y termina con un horario absolutamente flexible. Puede haberlo también en torno al orden de las pertenencias del adolescente, y eso termina también pronto con la aceptación resignada de los progenitores de que el concepto de orden de sus hijos no coincide con el de su madre y su padre.

Quedan, desde luego, importantes restos del modelo anterior de infancia y no se puede decir que la autonomía de los niños sea algo totalmente arraigado. La antigua mentalidad, que pivotaba en torno al concepto de patria potestad, entendido como el hecho de que los niños eran propiedad de su padre y su madre, quienes podían hacer con ellos lo que querían y educarles como les viniera en gana, sigue vigente, aunque muy disminuida. La Convención de los Derechos del Niño, aprobada en 1989, supuso la ratificación definitiva de una nueva manera de entender la infancia en la legislación, que obligó a todos los países, incluido claro está España, a modificar su código civil para tener en cuenta el nuevo enfoque auspiciado por la convención. El punto de vista de los niños tiene que ser tenido en cuenta, pues así lo elige la ley, y un creciente cuerpo de asesores familiares vigila, a veces con excesivo celo, el comportamiento de las familias, en especial de las que viven en condiciones precarias, para garantizar que el niño recibe los cuidados oportunos; de no hacerlo así, la familia corre el riesgo serio de perder la patria potestad, quedando relegado a un segundo término los derechos que pudiera conceder la paternidad biológica. Este importante cambio, como digo, poco a poco va calando en la mentalidad colectiva y reforzando el cambio social y cultural antes mencionado.

### **3.2. Una nueva concepción de las relaciones de pareja**

La familia nuclear, formada por madre, padre e hijos, habitualmente dos, es algo completamente consolidado en la sociedad española, por más que la familia extensa no haya en absoluto desaparecido y siga teniendo apreciable importancia en la vida social. Para lo bueno y para lo malo, esa familia extensa de

tíos, tías, primos, primas e incluso parientes algo más lejanos, sigue contando y mucho. En cualquier caso, es la familia nuclear la que importa para la educación básica de los niños, tal y como he expuesto con anterioridad. Sí debemos reseñar un hecho innovador, aunque en gran parte no hace más que recurrir a prácticas que han sido habituales en la historia de la humanidad, precisamente cuando la familia era una agrupación más extensa que en la actualidad. Se trata de la presencia masiva de abuelos y abuelas, que colaboran mucho para garantizar tareas fundamentales en la atención exigida por los niños pequeños. Estos pasan tiempo con sus abuelos y no es nada extraño que sean ellos las personas encargadas de acompañarles al colegio e ir posteriormente a recogerlos, dadas las dificultades de horario que experimentan las familias.

Sin duda alguna, el siglo XX pasará a la historia, entre otras cosas, por haber asistido a una revolución profunda: las mujeres han abandonado progresivamente el plano secundario al que habían sido arrumbadas durante toda la historia anterior. Sin entrar a exponer aquí con un mínimo detalle los logros del movimiento feminista y sin olvidar tampoco lo mucho que todavía le queda por alcanzar, es un hecho poco discutible que ha habido tres acontecimientos de consecuencias considerables para la organización familiar. El primero es la equiparación de derechos completa entre hombres y mujeres, de tal modo que estas actúan en la familia en condiciones de igualdad, quedando algo más difuso el reparto de funciones que había sido claro y tajante en épocas anteriores. El segundo, claramente relacionado con el anterior, es la incorporación masiva de la mujer al mundo laboral. El tercero, imbricado profundamente con los otros, es la difusión de los anticonceptivos, que ha hecho posible una casi total eficacia en el control de la natalidad, con una disminución drástica del número de hijos por familia, disminución exigida más bien por lo que he comentado en el apartado anterior sobre la nueva concepción de la infancia. Como si de una reacción en cadena se tratara, esos tres cambios han provocado una transformación también importante en el reparto y asignación de las tareas económicas, otra de las funciones básicas tradicionales y presentes de la familia; ha dejado de ser operativa la división clásica que atribuía a la mujer el cuidado del hogar, con las tareas de intendencia básica y crianza de los niños, reservaba al hombre la búsqueda del dinero con un trabajo asalariado en el exterior del hogar. El cambio ha sido reciente y todavía se está produciendo, al menos en España. Hace solo unos pocos días, podía escuchar a Esperanza Aguirre, en estos momentos ya presidenta de la Comunidad Autónoma de Madrid, afirmar que en los últimos años de gobierno de su partido se habían incorporado al mundo laboral 700.000 mujeres, lo que ella misma consideraba con razón una auténtica revolución social.

Esta salida de las mujeres del espacio privado del hogar ha tenido una notable repercusión en la configuración de las funciones básicas que desempeñaba la familia en la educación de los hijos. Para empezar, ha constituido un importante elemento de presión a favor de la escolarización universalizada de los niños desde edades muy tempranas. La escolarización desde los seis años hasta los 16 ya estaba conseguida, si bien en este caso se trataba más de atender a las exigencias de una sociedad más compleja en la que todo el mundo necesita poseer una instrucción básica de cierto nivel. En los últimos años se está extendiendo con fuerza la escolarización desde los tres años, aunque afecta ya a una gran parte de la población la escolarización previa en guarderías infantiles. Puede defenderse legítimamente, con los datos que en la actualidad se poseen, que desde el primer año de vida sería bastante positivo que los niños pasaran un tiempo en un ámbito en el que personas debidamente cualificadas se hicieran cargo de algunos aspectos de su educación. No obstante, el incremento de la escolarización de los niños a esas edades tempranas no está motivado, al menos a nivel general, por exigencias educativas, sino más bien por problemas de custodia y atención. El término guardería infantil se aplica a esta etapa sin que provoque ningún problema y sin ir cargado de connotaciones peyorativas. En edades posteriores, si la escuela cumple sobre todo tareas de custodia, hablamos más bien de aparcamientos de niños, denominación que sí tiene una carga bastante negativa. El hecho en todo caso es claro: la escuela ha ido asumiendo de manera creciente el papel de custodia y cuidado de los niños durante un período mayor de sus vidas, y esa tendencia no parece estar en disminución, sino más bien lo contrario.

La transformación «revolucionaria» no se queda en eso, sino que abarca también al reparto de tareas en el hogar. Las mujeres ya no disponen de tiempo suficiente para cumplir lo que, en épocas anteriores, y no muy lejanas, se esperaba de ellas. Y eso se traduce en muchas innovaciones, y no solo la anteriormente mencionada de la estancia de los niños en centros educativos o guarderías. Disminuye, por ejemplo, la cocina tradicional casera, sustituida por productos precocinados que simplifican notablemente la tarea de atender la alimentación de los miembros de la familia. Lo mismo podemos decir de otras tareas, como pueden ser las de limpieza de la casa, reparación de la ropa o planchado, o el cuidado de enfermos y ancianos. Son actividades que van siendo absorbidas por la economía mercantil externa, desapareciendo de la economía doméstica, cuyo papel va perdiendo enteros. Es cierto que lo que aquí expongo es tan solo una tendencia, ciertamente muy marcada, pero todavía no se ha llevado a la práctica de forma completa. En la vida cotidiana, el peso de esa economía

doméstica sigue siendo muy importante, posiblemente dominante, y también sigue siendo dominante el papel que las mujeres desempeñan en la misma.

El problema principal es que, en tiempos de mudanzas substanciales como los que vivimos, el antiguo modelo desaparece, pero no acaba de ser sustituido por ninguna propuesta alternativa. En cierto sentido, la gente va tanteando y buscando soluciones provisionales para ir tirando, pero soluciones que desde luego tienen un impacto en las generaciones que aquí y ahora están siendo atendidas en la familia nuclear. Una primera observación que es necesario tener bien presente es el hecho de que la ausencia de las mujeres del hogar, pues se han incorporado al trabajo asalariado, no se ha traducido en el correspondiente y adecuado reparto del trabajo doméstico. La contribución de los hombres sigue siendo más bien simbólica, y es muy poco el tiempo que les dedican. Quizá se han especializado en algunas tareas como hacer la compra, llevar las cuentas del banco o garantizar que el automóvil está a punto, pero poco más y eso tampoco les lleva demasiado tiempo. Los roles de género de la sociedad anterior siguen profundamente arraigados. Eso supone para las mujeres que optan por el trabajo fuera de casa, con el que además ganan independencia económica personal, una carga de trabajo excesiva, con una cierta incidencia en su propia satisfacción personal, al considerar que no atienden como deben sus tareas. Queda mucho camino por recorrer para que una nueva distribución del trabajo doméstico se lleve a la práctica y los hombres asuman su cuota proporcional. Algunos ya lo hacen, existen incluso casos en los que es precisamente el hombre el que se queda en casa cuando los niños son pequeños para atender todas las tareas del hogar, siendo la mujer la que trabaja fuera. Son en todo caso una minoría, que irá creciendo en un próximo futuro, a no ser que se impongan propuestas más conservadoras que están exigiendo que sea la mujer la que abandone el trabajo que ejerce en el exterior y regrese para hacerse cargo de esas tareas que, según este enfoque, les corresponden por naturaleza. De imponerse esta segunda opción, se produciría un fuerte retroceso en la lucha por la igualdad de las mujeres.

Relacionado con todo lo que acabo de exponer sobre la familia, si bien no puedo entrar en una explicación detallada de esa relación, podemos observar también otras modificaciones significativas. Las familias son cada vez más reducidas, con uno o dos hijos; son rarísimas las situaciones familiares en que se tienen tres hijos o más. En esto también, España ha batido todos los registros europeos y mundiales, con la tasa de natalidad más baja del mundo. Irrumpen asimismo en el escenario social nuevos tipos de parejas, con un sensible crecimiento de las familias monoparentales, básicamente con la madre como único adulto, y de las familias



reconstruidas tras procesos de divorcio. En este caso no llegamos a las cifras de otros países, pero ya va siendo una minoría significativa, con una buena tasa de divorcios y un 7 por ciento de familias monoparentales. Los procesos de divorcio tienen una negativa influencia en el desarrollo personal de los niños a corto y medio plazo, aunque es más discutible el efecto que puedan tener a la larga. Eso último depende además de la forma de producirse la ruptura familiar y de la edad de los niños en el momento de consumarse la ruptura. En todo caso es algo de lo que no había ninguna experiencia previa en la historia de la sociedad española y habrá que ver cómo puede afectar al proceso educativo de los niños y adolescentes.

### **3.3. Una nueva forma de entender el compromiso matrimonial**

Siguiendo las observaciones de Inés Alberdi, nos encontramos con una nueva familia que, en primer lugar, podemos definir como familia indecisa. Existe esa confusión de roles y tareas, vivida en muchos casos de forma conflictiva, puesto que no la perciben igual los dos sexos. Para las mujeres es, sin duda, un avance social y lo entienden en clave de liberación personal, independencia económica y nuevas posibilidades de desarrollarse profesionalmente. Los hombres, por el contrario, lo perciben más bien como una amenaza, algo que es fácil de entender porque en definitiva les supone perder una serie de cómodos privilegios de los que disfrutaban hasta el momento. Por duro que resultara el trabajo fuera de casa, y lo es en muchos casos, el trabajo doméstico siempre exige más tiempo y una mayor versatilidad para atender funciones bien diversas; por otra parte, conlleva un menor reconocimiento social. Acostumbrados a vincular su propia imagen al modelo de cabeza de familia, andan los hombres ahora algo desorientados, presionando en muchos casos, como ya he mencionado, para que las aguas vuelvan a su cauce y puedan recuperar el sentido tradicional del rol de hombre que echan en falta. No verían con malos ojos una restauración del patriarcado.

Las familias actuales aceptan y desean unas relaciones más democráticas. Estamos bien lejos de la familia patriarcal que perfectamente definiera Comte en el siglo xix y que ha sido dominante en la cultura occidental desde tiempos inmemoriales, así como en muchas otras culturas. Recordemos que todavía en 1982, en España, las mujeres casadas necesitaban el permiso del marido para abrir una cuenta en el banco o montar un negocio. Esas son situaciones ya impensables y aquí e retroceso es mucho más improbable que en el aspecto anterior. Los miembros de la familia disfrutaban de una notable igualdad, acorde con la que se reconoce a todos los ciudadanos en sociedades democráticas, Tanto el hombre como la mujer participan en condiciones de igualdad en la toma de

decisiones, siendo secundarios y mutuamente aceptados los ámbitos en los que todavía puede quedar un cierto reparto de tareas que confiere más peso a uno de los miembros que al otro. El diálogo se ha convertido en el paradigma de la manera de relacionarse, y podemos entender el maltrato doméstico en gran parte, aunque no exclusivamente, como una reacción desesperada y muy nociva de aquellos hombres que no acaban de entender ni aceptar los cambios que se han producido en la familia española. Con todo su dramatismo, corresponde más bien a quienes añoran tiempos pasados, entendidos además en su peor versión. El paradigma democrático alcanza también a los hijos, en el doble sentido de apelar al diálogo como modo fundamental de abordar los problemas familiares y de capacidad de participación en la toma de decisiones.

Estas familias son, además, familias precarias. Los mismos cambios que estoy mencionando han debilitado la estabilidad de la vida familiar; España es uno de los países de la Unión Europea en los que la protección a la familia es menor, con lo que debe hacer frente a muchos problemas sin el suficiente apoyo. La precariedad viene acentuada por un rasgo que obedece a una manera distinta de entender las relaciones de pareja. Se está insistiendo sobre todo en unas relaciones de pareja que parten ya del supuesto de su propia fragilidad, eludiendo un compromiso a largo plazo, difícil de sostener en una sociedad en la que la vida «en tiempo real», la inmediatez en la satisfacción de las necesidades y la mutabilidad acelerada de todo lo que nos rodea, parece incompatible con plantearse unas relaciones interpersonales permanentes. El incremento notable de la esperanza de vida lleva a acentuar esa resistencia a los compromisos duraderos. La perspectiva de compartir la vida con una persona durante más de 50 años, algo muy probable si te casas a los veinte y esperas vivir hasta los ochenta o más, echa para atrás a quienes se plantean iniciar una vida en común. Parece que se ha modificado, al menos de forma inconsciente, el pacto explícito que antes inauguraba el matrimonio: ya no se une hasta que la muerte les separe, sino hasta que el vínculo afectivo de mutuo amor dure. El cambio de enfoque supone un drástico giro, puesto que se abre la puerta a que los normales conflictos de las relaciones entre dos personas dejen de ser situaciones en las que se aprende a madurar en el mutuo respeto y comprensión, apuntando a una perpetuación de la convivencia, y pasen a ser situaciones en las que se muestran los primeros síntomas de que algo se está perdiendo, con lo que se da paso a la ruptura.

Este discutible enfoque ha llevado, en primer lugar, a retrasar de forma apreciable la edad en la que la gente se casa. No hay ninguna prisa cuando se tiene toda la vida por delante, y mucho menos si existe además una preocupación por el propio desarrollo profesional y las circunstancias socioeconómicas no ponen

las cosas fáciles. El enfoque es algo más perjudicial para la estabilidad que exige la vida familiar, puesto que contribuye, junto con los otros aspectos que vengo mencionando, a un incremento en el número de divorcios y separaciones y, por tanto, del número de familias monoparentales y basadas en segundas o terceras nupcias. Las parejas se rompen con más facilidad que antes, no porque la existencia del divorcio ejerza una especie de efecto llamada, sino porque la gente no afronta con una mentalidad adecuada la complejidad y dificultad de la relación familiar. La creciente independencia económica de las mujeres les abre la puerta a una decisión que antes les estaba prohibida, pues dependían de su esposo.

Desde esta mentalidad debemos entender también un fenómeno tan curioso y anómalo como la exigencia del reconocimiento de las parejas de hecho. Lo que en principio se puede entender como una manera de solventar los problemas de las relaciones de pareja en aquellos casos en los que la ley no permite el matrimonio (caso de las parejas de divorciados antes de la ley correspondiente o de la situación actual de las parejas de homosexuales), parece convertirse en un sustituto del matrimonio. Son muchas las parejas que inician una vida en común sin aceptar el compromiso legal y social que conlleva el matrimonio. Simplemente se van a vivir juntos. Eso sí, les parece bien, incluso exigen como derecho, el reconocimiento de que su situación es la de una pareja de hecho, fundamentalmente para poder acceder a los derechos que la ley reconoce a los matrimonios. Es como si, con una dosis peculiar de ingenuidad y malicia, se quisiera acceder a todas las ventajas eludiendo todos los inconvenientes. En todo caso es un ejemplo bien ilustrativo de lo que se espera del matrimonio y lo que de él se piensa. Distanciarse del matrimonio civil parece acorde con la importancia dada en la actualidad al amor de la pareja que, como podemos suponer, está aquejado siempre de fragilidad; exigir el reconocimiento de la pareja de hecho es acorde con la importancia dada hoy al ejercicio de los derechos individuales para hacer frente a posibles conflictos y para recibir las correspondientes prestaciones del estado social de derecho.

En cierto sentido tenemos que admitir que la situación es más bien algo que las parejas actuales padecen, y menos algo que han provocado. Vivimos en una sociedad que ha cambiado algunas pautas de comportamiento de forma profunda y, si bien somos actores de esas pautas y las reproducimos con nuestro comportamiento, también es cierto que nuestra forma de actuar está determinada por ellas. Esos son los valores dominantes y ejercen su influjo sobre la familia, con sus ventajas e inconvenientes. La última dimensión de la familia actual sobre la que quiero llamar la atención acentúa un poco más todo lo que vengo mencionando. Quizá como eco lejano de reivindicaciones románticas, la familia actual

se ha convertido en una relación muy exigente para las personas que se atreven a fundarla. La vida de la pareja se basa de forma fundamental en el amor mutuo, lo cual es sin duda muy positivo y ha reforzado una relación más igualitaria y democrática. No obstante, el amor de pareja es un sentimiento sumamente delicado, cuya conservación y crecimiento exige una dedicación exhaustiva por parte de las dos personas. El listón se pone muy alto, lo cual es bueno, insisto en ello, pero provoca a veces tensiones difíciles de superar. El riesgo de la ruptura en el momento en que los sentimientos amorosos atraviesan una mala racha se incrementa.

Al final de este breve recorrido nos encontramos con una familia que incurre en un cierto narcisismo. Se mira a sí misma, convirtiéndose en centro de la actividad de las dos personas, de tal modo que el amor queda parcialmente reducido a mirarse cara a cara en lugar de mirar juntos en una misma dirección. Eso quizá ayuda también a entender por qué disminuye el número de hijos y se retrasa su llegada. Ya he dicho que la percepción de los hijos ha cambiado mucho; desde la óptica que ahora abordo, los hijos son vistos más bien como algo que completa los deseos de sus progenitores, negando un poco la autonomía que un nuevo ser siempre debe tener. Por eso se acentúa la presión para poder elegir sexo y otras características del hijo, de tal modo que se adecúe más a lo que la madre y el padre desean, quienes no están dispuestos a dejar mucho espacio al azar y el riesgo que toda nueva vida supone. Así mismo nos encontramos con la reclamación de tener hijos planteada por personas solteras, quienes ya por decisión previa voluntaria y consciente renuncian a que el futuro niño tenga padre y madre. Todo ello provoca que, en un último y mucho más dramático planteamiento, se incremente el número de abortos: un nuevo hijo no encaja en los proyectos personales de los padres, de modo que el aborto se convierte en recurso anticonceptivo en última instancia. Todas estas manifestaciones comparten ese rasgo común: se plantea la familia como algo en lo que el enriquecimiento personal de los cónyuges, que no cesan de mirarse al ombligo de su propia autosatisfacción, es el centro sobre el que todo lo demás debe pivotar.

Quiero volver al final de este apartado a algo que ya decía anteriormente. Lo que tenemos ante nuestros ojos no es una crisis profunda, de la institución familiar, sino más bien una profunda modificación de su configuración tradicional, en especial de algunos rasgos específico de dicha configuración. La valoración de la familia es muy elevada por casi todo el mundo, incluyendo a los jóvenes, quienes retrasan o modifican la relación familiar por motivos diferentes al desapego o falta de aprecio de la institución familiar. Es más, en momentos de radicalización de un modelo económico neoliberal, la familia ha asumido una

gran parte del costo social que ese modelo lleva consigo, siendo el marco en el que la gente encuentra el apoyo y la solidaridad, e incluso los servicios sociales, que parecen haber desaparecido del panorama sociopolítico. No es algo positivo, puesto que eso supone una demanda contradictoria para la propia familia: debe asumir tareas de atención social mientras que se difunden valores y prácticas sociales que atentan contra la estabilidad de la familia y acentúan su desprotección. Sin duda va a hacer falta algún tiempo para que se recomponga todo un conjunto de valores y de pautas de comportamiento que consoliden en la práctica el alto aprecio que la gente sigue profesando a la familia y el insustituible papel que esta desempeña en la sociedad. En ese proceso iremos viendo situaciones confusas; asistiremos igualmente a tanteos que no conducirán a ninguna parte y serán abandonados, mientras que otros mostrarán su eficacia y se consolidarán. Eso nos debe hacer a todos muy cautos cuando se trata de predecir el futuro a medio plazo de la familia lo cual no significa en absoluto que debamos poner en cuestión la institución. Ese incierto futuro dependerá de la consistencia y energía de nuestra apuesta a favor de todo aquello que beneficia la consolidación de una familia en la que las relaciones interpersonales en condiciones de igualdad y la crianza y educación de los hijos, además de otras tareas también valiosas, puedan florecer para bien de todos.



## **4. DE LA FAMILIA Y LA ESCUELA COMO INSTITUCIONES ESPECÍFICAMENTE EDUCATIVAS**

### **4.1. La familia educadora**

Como ya he dicho anteriormente, el papel de la familia en la educación de los hijos es muy elevado, lo cual no excluye la presencia de otros agentes educativos de gran importancia. Partiendo de la división entre lo que podemos llamar socialización, como transmisión del conjunto de normas y pautas de comportamiento propias de la sociedad a la que se pertenece, y lo que llamamos educación, como transmisión de un conjunto de conocimientos y habilidades exigidas para incorporarse como ciudadanos activos a la sociedad, la familia incide en ambas dimensiones, aunque más en la primera que en la segunda. En la primera asume directamente la responsabilidad de dotar a sus hijos de unos valores específicos, aquellos que se relacionan con la forma de vivir en general, como puede ser una formación en el gusto por el trabajo bien hecho o la responsabilidad, conseguir que tengan las ideas claras sobre el sentido de sus vidas, que estén motivados y que no se resienta su autoestima. Algo menos se preocupan, según los estudios disponibles, de la disciplina, el autocontrol o la competitividad, y tampoco existe una preocupación excesiva por la formación religiosa. Temas como el consumo de drogas y, en menor medida, las relaciones sexuales son algo que inquieta mucho cuando los hijos llegan a la adolescencia.

En todos esos temas, la familia asume un protagonismo evidente y valora positivamente, por ejemplo, que los centros educativos se preocupen también de formar a sus alumnos en esos valores básicos. Es más, suelen ver los colegios como entidades que colaboran en esos temas, trabajando más o menos en la misma línea. Muy distinta es la percepción que tienen de los otros agentes educativos, los iguales, esto es, los otros niños y adolescentes, así como los medios de comunicación. Respecto a los primeros, la preocupación es constante, en especial durante la adolescencia, y se manifiesta entre otras cosas en la elec-

ción del centro educativo. El tipo de alumnado que puede ir a un centro, con el que van a convivir sus hijos, es un factor que se tiene en cuenta cuando se elige el colegio para los hijos. El padre y la madre se preocupan también bastante por las amistades que frecuentan sus hijos, si bien en este caso su capacidad de incidir es bastante limitada. Respecto a los medios de comunicación, la opinión es más negativa. Se les ve como rivales, con una influencia negativa. Eso sí, no parece que se traduzca en ninguna medida concreta y los niños siguen viendo masivamente la televisión, con un control muy escaso por parte de sus progenitores. Las encuestas tampoco reflejan un interés de la familia por educar a sus hijos en el consumo responsable y controlado; sin embargo, la publicidad para promover el consumo infantil y adolescente es uno de los instrumentos más poderosos con los que los grandes medios de comunicación y las grandes empresas procuran crear entre niños y adolescentes unos hábitos básicos de comportamiento proclives a un consumo poco ordenado.

Por lo que se refiere a la educación en su sentido más restringido, esto es, a la transmisión de los conocimientos y habilidades necesarias para participar en la vida social, laboral y política, es la escuela la que asume un protagonismo cada vez mayor, siendo menor el papel desempeñado por la familia. Desde luego, aunque el problema les desborda porque carecen de los recursos necesarios para hacerle frente, las familias se muestran bastante interesadas por los estudios de los hijos y procuran, según dicen en las encuestas realizadas, colaborar fomentando en ellos el interés por los estudios y por la vida escolar en general. La incidencia de la vida familiar en el rendimiento académico está bien acreditada y suele ser más elevada que la de los propios centros educativos. Poco impacto tienen estos últimos en los resultados obtenidos, mientras que sí se observa que la situación familiar repercute positiva o negativamente. De sobra es sabido que una familia desestructurada, en la que no existe apenas preocupación por los hijos y ni siquiera por el funcionamiento de la misma familia, correlaciona en un nivel muy elevado con un deplorable rendimiento académico de los muchachos. También se observa un impacto positivo en los estudios de los hijos de otras variables familiares, como pueden ser el nivel sociocultural de la familia o el nivel de estudios de la madre: menos influyen el nivel laboral o el económico, aunque éstos puedan estar relacionados a su vez con los anteriores. Los factores que más correlacionan con un alto rendimiento escolar son un entorno emocional, equilibrado, una disciplina basada en el razonamiento y una buena calidad de las relaciones del alumnado con su familia, hermanos y profesorado. El peso, por tanto, de la familia en la educación formal de los hijos es importante y se manifiesta sobre todo en apoyar y generar un contexto favorable a los estudios.



El eje de esta influencia se sitúa, con toda probabilidad, en el tipo de relaciones que se dan en las familias, y aquí ha habido un vuelco muy importante del que ya me he ocupado. Se ha pasado de una familia sólidamente jerarquizada, con la figura del padre como vértice de la pirámide y con la figura de la madre como la encargada de las tareas cotidianas de atención a los problemas de los hijos, a una familia más igualitaria en la que el diálogo y la participación de todos los miembros es valorado de forma positiva. Habitualmente se distinguen, a efectos de clarificación, tres tipos de relaciones en la familia. Por un lado, estarían las familias autoritarias, por otro las permisivas y en último extremo las democráticas. Las autoritarias son aquellas en las que se establece un orden jerárquico perfectamente definido, cuya cúspide ocupan los adultos. Es compatible con una cierta división de funciones entre el padre y la madre: el primero es la fuente última de todas las decisiones relevantes, mientras que es la madre la que se encarga de la gestión más cotidiana de la vida familiar y procura introducir en ella medidas más flexibles y cordiales. El padre y la madre dictan las normas y esperan ser obedecidos por sus hijos sin ningún tipo de cuestionamiento serio. No hay, por tanto, discusión y el diálogo es también escaso, al menos no más allá de aspectos secundarios en los que sí pueden admitirse algunas opiniones, incluso discrepantes.

El modelo autoritario está claramente en desuso, como ya he mencionado anteriormente. Es el diálogo lo que domina y se permite o estimula una mayor intervención de los niños y adolescentes en muchos temas y en cuestiones relacionadas con la vida de la familia. No obstante, cierto autoritarismo se sigue manteniendo mucho más de lo que pudiera parecer, en especial durante los primeros años de la infancia. A partir de la primera pubertad, el padre y la madre constatan, con cierta sorpresa en algunas ocasiones, que sus órdenes no tienen ya la respuesta que se esperaba y los hijos empiezan a imponer su propia manera de actuar. Eligen su ropa, se enfrascan en las relaciones con sus amistades y se plantean los estudios como les parece oportuno. El desorden en el cuarto de un adolescente y las horas de regreso a casa, además del consumo de drogas, sobre todo alcohol, tabaco y marihuana, se presentan como los signos más evidentes de que los adolescentes están empezando a tomar las riendas de su propia vida sin tener ya demasiado en cuenta lo que su padre o su madre tengan a bien decirles. Esta situación sugiere que en estos momentos estamos más bien en unas relaciones familiares de permisividad, justo lo contrario del autoritarismo, aunque no deja de ser un poco más de lo mismo. Si el autoritarismo supone renunciar a la justificación de las normas que rigen la conducta de los miembros de la familia y al rechazo del diálogo serio sobre los problemas y conflictos que en la familia se dan, la permisividad hace más o menos lo mis-

mo: renuncia a justificar las normas, en este caso con una pseudo-tolerancia en la que lo, mismo da ocho que ochenta, y el diálogo se convierte en una pura contraposición de opiniones enfrentadas, sin exigencias de rigor ni de justificación de las posturas opuestas y sin el más mínimo esfuerzo por alcanzar acuerdos aceptados por todas las partes.

Tanto las familias autoritarias como las permisivas son contraproducentes para la educación de los hijos y no suelen conducir a ningún proceso de maduración positivo. El ideal se sitúa más bien en un modelo de familia que podemos llamar democrático, aunque con importantes alteraciones respecto a lo que por regla general se entiende por democracia. El eje central es, desde luego, la presencia del diálogo como procedimiento habitual para abordar todos los problemas que puedan darse en el hogar, así como para tratar aquellas cuestiones que son fundamentales para el desarrollo personal de los hijos, y entre ellas están las que ya he citado, como los estudios, los valores morales, la sexualidad o el consumo de drogas. Todo parece indicar que, al menos superficialmente, el diálogo está omnipresente en todas las familias. Pocos son los padres y madres que están dispuestos a admitir que imponen normas a sus hijos sin razonarlas y sin admitir su discusión, del mismo modo que también es muy frecuente que los hijos reconozcan que en su casa nunca o muy pocas veces les castigan, pasando por alto castigos menores que, en caso de producirse, nunca suelen llevarse hasta el final. Otra cosa es que el diálogo cumpla los requisitos imprescindibles: tomarse en serio las ideas que se expresan, exigir rigor en su argumentación y estar abiertos a modificar la propia posición en el caso de que los argumentos contrarios manifiesten ser mejores. La sospecha es que no hay tanto diálogo como se dice y que el que existe queda más bien en un intercambio de puntos de vista sin pretensiones de someterlos a riguroso escrutinio.

Por otra parte, la democracia debe ir unida al establecimiento de unas normas muy claras a las que se someten todos los miembros de la familia, normas que delimitan lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer, lo que queda en el ámbito de la estricta decisión personal y lo que exige un acuerdo de todos los implicados. Normas que, además, llevan consigo el sistema para garantizar su cumplimiento, con los correspondientes refuerzos negativos y positivos, así como con la disposición de todas las personas implicadas a asumir las consecuencias en el caso de incumplirlas. Esta segunda parte es la que me parece que se da todavía menos. El ambiente dominante es más bien el de un desmedido relativismo moral, lo que nada tiene que ver con el legítimo pluralismo. Parece que la vida familiar tiende a regirse por un pobre lema muy aceptado socialmente: vive y deja vivir. Esto es, haz lo que te parezca oportuno mientras no

estorbes a quien tienes al lado. Eso provoca que en muchos casos se esté dando una cierta anomia, una falta de normas y límites que agrava los problemas propios de la adolescencia. Los niños y jóvenes no saben a qué atenerse y terminan haciendo lo que les viene en gana, con escasa capacidad de sus progenitores para reconducir la situación a un cierto nivel de normalidad.

La cuestión estriba, en última instancia, en que las relaciones familiares no pueden ser estrictamente democráticas puesto que carecen de algo que es imprescindible para ello: no se da igualdad entre los miembros. El padre y la madre, además de una mayor experiencia y más recursos de todo tipo, tienen una responsabilidad educativa que les obliga a ejercer un papel de apoyo y supervisión que los niños y adolescentes no tienen que asumir. El autoritarismo y la imposición, así como los castigos, no son nunca el procedimiento adecuado, y el diálogo en serio es siempre imprescindible. Todo lo que se avance en ese sentido en la vida familiar es positivo. El objetivo del padre y la madre es conseguir que sus hijos puedan ser independientes, y eso es algo que conviene hacer desde el principio de su crecimiento, acostumbrando ya a los niños bien pequeños a participar en la toma de decisiones y a opinar y decidir sobre aquello que les afecta más directamente. La libertad y la responsabilidad solo se educan dando la posibilidad de ejercerlas. Dicho esto, los adultos no podemos dimitir de nuestra responsabilidad como tales; tenemos que dar siempre ejemplo de aquello que consideramos valioso y tenemos que ayudar a establecer las normas y a exigir su cumplimiento, llamando la atención en los casos en que una conducta no se adecúa a lo que se ha acordado. Al mismo tiempo tenemos que esforzarnos por exigir de nuestros hijos que desarrollen lo mejor que llevan dentro, planteándoles desafíos y metas que les supongan un cierto reto personal sin el cual nunca habrá maduración de ningún tipo. Metas y desafíos que, obviamente, no pueden reducirse al éxito social, sino a la propia exigencia personal de llegar a ser uno mismo en plenitud. Desde luego todo esto exige un trabajo constante por parte de la madre y el padre, en el que la constancia y la paciencia son requisitos fundamentales, así como la capacidad de escuchar lo que nuestros hijos esperan y demandan. Es trabajo serio, lo menos que se puede esperar cuando alguien se embarca en la exigente tarea de la maternidad y la paternidad.

## **4.2. La escuela y su doble función**

Como ya he dicho, en el momento actual la familia no puede llevar adelante por sí sola las tareas que requiere la educación de los hijos. Nuestras sociedades

son más complejas y la formación que necesitan los niños suele desbordar con mucho la capacidad de los progenitores. De ahí la demanda de plazas escolares desde edades muy tempranas, gracias a las cuales los niños recibirán la atención que necesitan.

Dos son las funciones básicas de la escuela que completan lo que realiza la familia. La primera es la de socializar a los niños con los iguales, desarrollando en ellos las capacidades fundamentales que hacen falta para vivir en sociedades que pretenden ser democráticas. La escolarización de los niños en los centros educativos hace posible que se establezcan relaciones entre iguales, con lo que esto supone de descubrimiento de las normas que rigen la convivencia de grupos más amplios, entre las que se encuentra claro está la exigencia de justicia y el reconocimiento de los derechos que cada uno tiene y que de vez en cuando entran en conflicto con los derechos de otras personas. El estrecho marco familiar no permite esta tarea, dado que las relaciones fraternas son muy limitadas y se rigen por criterios que no coinciden del todo con lo que plantea la justicia y los derechos individuales. Al mismo tiempo, los niños aprenden en la escuela todo lo que supone incorporarse a instituciones sociales, en las que hay normas que deben ser cumplidas, personas encargadas de hacerlas cumplir y conflictos en la interpretación y aplicación de dichas normas. Aprenden la diferencia básica entre un tiempo de «trabajo», estrictamente reglamentado, y un tiempo libre en el que pueden dedicarse a actividades que les gustan en compañía de otros niños con los que sienten una mayor afinidad.

Para incorporarse a la sociedad, el paso por la institución educativa es la ocasión de inculcar todas las destrezas emocionales y cognitivas sin las que dicha incorporación estaría condenada al fracaso. La escuela parte y cuenta con los valores básicos que la familia ha empezado a potenciar en sus hijos desde el nacimiento, pero los amplía y los lleva más allá hasta adquirir esa dimensión social que permite a los niños ser algo más que miembros de una familia: ciudadanos de una sociedad y, más a largo plazo, ciudadanos del mundo. No tiene sentido hacer aquí una enumeración exhaustiva de esas destrezas, pero sí conviene recordar algunas, como puede ser la tolerancia, el espíritu crítico, la autonomía personal, la capacidad de cooperar con otras personas, el respeto a las normas sociales y la capacidad de criticarlas y cambiarlas en caso necesario, la solidaridad con otros seres humanos y el reconocimiento de la igualdad por encima de las diferencias. Todo eso tiene que ser potenciado directamente por la escuela, y la salud de la sociedad depende en gran parte de que se consiga. También se incluyen en estos objetivos básicos unos conocimientos fundamentales sin los cuales los niños serían auténticos analfabetos funcionales, tanto

en el sentido estricto de incapacidad de entender textos escritos, como en el sentido más amplio de carecer de los conocimientos que les permitan entender el mundo en el que viven y participar activamente en él. La ignorancia contradice e imposibilita las aspiraciones democráticas, y solo personas con una formación básica pueden evitar la fácil manipulación de la que serían víctimas en caso de no poseer los recursos y conocimientos esenciales.

Este es el objetivo fundamental de la educación llamada obligatoria, la que precisamente en estos momentos vuelve a estar sometida a un proceso de revisión, en el que se encuentra casi de forma ininterrumpida desde 1970 (no es de extrañar dada la importancia que tiene). La anterior reforma entendió muy bien la necesidad de que todos los niños españoles alcanzaran el nivel exigido para convertirse en ciudadanos de pleno derecho, y se volcó en conseguir remediar el fracaso escolar proponiendo una titulación única y obligatoria para todos ellos. Pasados apenas diez años del comienzo de esa reforma, las cifras de fracaso escolar disminuyen, pero siguen altas, lo que plantea un nuevo esfuerzo para conseguir reducir las. La nueva reforma se plantea esa necesidad, si bien parece retroceder al dar por sentado ya que un sector de la población no alcanzará el nivel básico y tendrá que conformarse con un certificado de escolarización con el que, con bastante probabilidad, terminarán engrosando el sector de los excluidos de la población, aquel que termina ocupando los trabajos más deplorables y reduciendo su participación democrática a un voto cada cuatro años, en el mejor de los casos.

Junto a esa misión de educación democrática, la escuela actual sirve también como mecanismo de formación y selección para determinar qué personas irán ascendiendo en la escala social y recibiendo una educación cada vez más elevada para poder ocupar legítimamente las posiciones de poder y decisión en nuestra sociedad. En este sentido es también una herencia ¡lustrada, pues el pensamiento de aquella época, que inaugura el enfoque en el que siguen basándose sustancialmente nuestros sistemas políticos, afirma que la posición de las personas en la sociedad no debe ser consecuencia de la clase a la que pertenecen por nacimiento, sino de los propios méritos, en especial de aquellos que están relacionados con la actividad intelectual y profesional. La escuela será la encargada de proporcionar esta formación, basada en el principio fundamental de la igualdad de oportunidades. Según el pensamiento oficial, aquellos alumnos que demuestren estar capacitados y que se esfuercen lo requerido por ese largo proceso de aprendizaje irán obteniendo las correspondientes acreditaciones hasta alcanzar la titulación adecuada. Se mantiene, por tanto, una desigual distribución de los roles sociales, con puestos más cualificados que otros y mejor dotados tanto en recompensas económicas como en acceso a los ámbitos

en los que se toman decisiones que afectan a todo el mundo. La diferencia respecto a los sistemas anteriores es que el modelo de selección es más equitativo y evita toda discriminación que no esté basada en el propio mérito individual.

Por descontado que son muchas las personas que cuestionan esa equidad y que señalan, no sin razón, que en el fondo el sistema educativo no hace más que dar una aparente legitimidad a una selección previa que sigue muy basada en el origen social y económico de los niños. De todos modos, no puedo entrar ahora en esa crítica porque me aleja bastante del objetivo de este trabajo. Lo que me importa destacar es que las familias contemplan la escolarización, en especial a partir del nivel de la enseñanza obligatoria, como un requisito imprescindible para conseguir que los hijos ocupen una posición socialmente favorable. El acceso a estudios de grado medio o superior se convierte en un objetivo prioritario, por el que incluso se estará dispuesto a realizar inversiones económicas importantes. La aparición y proliferación de universidades privadas responde a esa exigencia; el alumnado que no consigue acceder a la universidad pública se apunta a la privada siempre que sus recursos económicos se lo permiten. Por eso también florecen los colegios privados, que suelen ser más selectivos con el alumnado que aceptan y que disponen de recursos que favorecen la superación con éxito de los primeros filtros selectivos que el sistema impone, tanto el propio Bachillerato como las pruebas de acceso a la universidad.

Más allá, o más acá, de esas dos funciones prioritarias, las escuelas se hacen cargo de otras tareas que son también valoradas por la familia. Una de ellas, si bien no propiamente educativa, es la tarea de custodia de los niños que, como ya mencioné, posee una vital importancia en la actual sociedad en la que muchas familias tienen a los dos progenitores trabajando fuera del hogar familiar. Otra función está vinculada con la aportación de la escuela a la adquisición de un conjunto básico de valores morales, junto con los hábitos correspondientes. La eficacia de la escuela en esta tarea es más cuestionable, pero no lo es la importancia que le dan las familias. En este interés podemos encontrar también una de las razones por las que las familias aprecian los colegios regidos por órdenes religiosas. La cultura tradicional, no siempre apoyada en hechos fehacientes, tiende a considerar que en esos colegios hay una mayor preocupación por el tema y que los valores tradicionales del cristianismo que esas órdenes defienden constituyen un sólido conjunto de orientaciones para que los hijos no se desvíen por caminos en principio poco recomendables.

## 5. LOS PASOS DE UNA POSIBLE COLABORACIÓN

Por todo lo que vengo exponiendo, está claro que la escuela y la familia comparten muchos intereses y que, sin negar los posibles conflictos, están llamadas a entenderse. En algunos aspectos, parece que constituyen una cierta alianza, enfrentada a otros agentes educativos con los que compiten. Ese es el caso en concreto de los medios de comunicación social que no son vistos con buenos ojos ni por la familia ni por los profesionales de la educación. Algo similar se puede decir de los adolescentes, quienes en su proceso de maduración ven al profesorado y a los progenitores como el «enemigo» que se opone con frecuencia a la satisfacción de sus deseos. En otros casos, las relaciones no son tan favorables y se plantean conflictos de cierto calado. Hay uno bien general que se da porque los profesionales educativos se presentan con frecuencia como lo que son, profesionales especializados, mientras que los padres y las madres son vistos como personas que no colaboran lo suficiente para conseguir que el alumnado alcance el rendimiento que de ellos se espera. Fácil es caer en una dinámica perversa, aquella en la que el profesorado termina haciendo responsable último del fracaso escolar a las familias, mientras que estas culpan al profesorado de lo mal que les pueda ir a sus hijos en las escuelas. Pasando un poco más allá de estos rasgos generales de la relación entre ambos, es posible establecer algunas precisiones más para desvelar las diversas posibilidades de colaboración entre ambas instituciones, siempre con el interés de los niños como hilo conductor de toda su actividad.

### 5.1. La ausencia de relación

Puede llamar la atención, pero es una opción que no conviene olvidar. Hay familias que consideran que lo mejor que pueden hacer por sus hijos es no llevarlos a la escuela, en la que ven sustancialmente una influencia superflua, cuando no claramente negativa. En España esta opción es minoritaria y solo se sabe de unas doscientas familias que la practiquen. Unidas en la Asociación de Defensa

de la Escuela en el Hogar, estas familias plantean algunas sugerencias sobre la educación que merecen ser tenidas en cuenta, por más que su incidencia real sea puramente simbólica. En otros países, como Estados Unidos, Australia y Canadá, el movimiento cuenta con mayor seguimiento; también está creciendo en la Unión Europea (son varios los países que han regulado legalmente esta opción). No se trata, claro está, de familias poco integradas en la sociedad que tienden a tolerar e incluso fomentar el absentismo de sus hijos, como puede ser el caso de algunos colectivos gitanos que tienen dificultades para escolarizar a sus hijos. El planteamiento es más bien positivo respecto a la educación y negativo respecto a la escuela. Son familias muy preocupadas por la educación de sus hijos que prefieren asumir todo el protagonismo.

El movimiento surgió primero en Estados Unidos y estuvo vinculado en un principio a movimientos fundamentalistas. Eran aquellas familias que estaban enfrentadas con el modelo de educación religiosa, o de falta de educación religiosa, que se daba en las escuelas públicas del país y preferían asumir toda la responsabilidad educativa, garantizando de ese modo que los hijos fueran introducidos en la religión de sus mayores, sin ningún tipo de dudas ni fisuras. Entendida de este modo, la educación en el hogar parece estar en contra de las exigencias de integración, convivencia y tolerancia que plantean las sociedades democráticas; puede, por tanto, reforzar la formación de comunidades aisladas y enfrentadas con la sociedad. No parece una orientación muy positiva y su existencia no deja de ser preocupante. En cierto sentido puede entenderse como una manifestación más de los movimientos fundamentalistas que florecen en la sociedad actual, provocados por las dificultades que tienen algunas personas para integrarse en una sociedad en constante cambio que parece atentar contra las identidades tribales tradicionales.

Una parte importante de la gente que la práctica no comparte, sin embargo, esa orientación fundamentalista. Son más bien personas que expresan de este modo su interés por la educación de los hijos y desconfían radicalmente de las escuelas, sean del tipo que sean. Han pasado de vivir la escolarización como un derecho fundamental de las personas, que les garantiza la oportunidad de promocionar socialmente, a una obligación impuesta por el Estado con la que se busca el control social y uniformar a los ciudadanos. Esta opción hunde sus raíces en movimientos críticos que surgieron ya en los años setenta del pasado siglo en contra de la escolarización universal y obligatoria, y en contra también del crecimiento excesivo de una burocracia estatal de expertos que se hacían cargo de nuestro bienestar, nuestra salud o nuestra educación. Frente a esa maquinaria, que en definitiva refuerza el control social y anula la libertad individual y la



capacidad de auto-organización de las personas, consideran imprescindible no llevar a los niños a la escuela y proporcionarles toda la educación que necesitan en el ámbito del hogar, a lo sumo con los niños de alguna otra familia que comparta los mismos postulados. Resisten con fuerza las críticas que les formulan y están dispuestos a demostrar en su momento que sus hijos han adquirido los mismos niveles que el Estado pide a todos los ciudadanos para obtener el título de educación obligatoria. Insisten además en que sus hijos están perfectamente socializados, reivindicando incluso que la socialización que reciben, en contacto con los adultos de diverso tipo y condición en su hogar y en el barrio o en otros contextos, es una socialización mucho más positiva que la que un niño puede recibir en la escuela con personas de su misma edad, con las que forman una especie de gueto que vive su relación con el mundo adulto de manera más conflictiva.

Es bastante posible que la propuesta sea suicida socialmente si se generaliza. Es también bastante posible que, como dicen los críticos de este movimiento desescolarizador, la alternativa a la escuela que plantean solo esté al alcance de una minoría social, aquella que está formada por familias con un buen nivel educativo y sociocultural, y sea negativa para el conjunto de la población, en especial para las clases sociales más desfavorecidas. El hecho es que muchos estados de la Unión Europea y de otras partes se han visto obligados a autorizar el modelo, exigiendo que se cumplan unos requisitos que garanticen que los niños reciben la formación debida y que no son perjudicados por posiciones ideológicas de sus progenitores. Y el hecho también es que llama la atención sobre algunos problemas serios de la sociedad actual, siendo digno de mención el riesgo de que las familias dimitan de su responsabilidad pedagógica y deleguen en los centros educativos la mayor parte, por no decir la totalidad, de las funciones que ellas mismas debieran asumir. A un tiempo denuncia que la institución escolar es menos liberadora y progresista de lo que dicen sus defensores, y está más cerca de ser una de las instituciones básicas para el control y la represión sociales. La propuesta se sitúa desde luego en las antípodas de aquella otra que llevó a la práctica colocar a todos los niños, desde los primeros meses, bajo custodia de la comunidad, relegando a la familia a un segundo plano. Es esa la práctica de muchos kibbutz de Israel, de marcado carácter socialista y con antiguas resonancias de pueblos antiguos, como el espartano o el propuesto por Platón en su ciudad ideal.

## **5.2. El reparto de funciones**

Lo anterior no deja de ser un caso extremo útil para reflexionar sobre las relaciones entre la familia y la escuela. Lo más habitual en nuestras sociedades es más

bien la existencia de un cierto reparto de funciones, siguiendo a grandes rasgos las líneas que ya he expuesto en apartados anteriores. En muchos países sigue siendo un reto de primer orden conseguir la escolarización universal, y más sobre todo la de algunos colectivos claramente discriminados en el disfrute de ese derecho humano fundamental que es el derecho a la educación. Me refiero, por ejemplo, a las bajas tasas de escolarización de las mujeres en algunos países. También en España, aunque de forma muy minoritaria, el problema de la escolarización sigue siendo significativo para algunos sectores de la población y para un porcentaje llamativo de adolescentes que terminan practicando un absentismo escolar ante la impotencia de sus familias, el profesorado y los agentes sociales y policiales que intentan garantizar que acudan a la escuela.

Puede haber cierto acuerdo sobre el papel que a cada una de las instituciones le corresponde, si bien las fronteras no están del todo definidas. El problema de dicho reparto afecta sustancialmente a la primera etapa de la educación, lo que se llama Educación Infantil, Primaria y Secundaria, si bien en esta última etapa el reparto va siendo cada vez menor a medida en que los adolescentes van adquiriendo una mayor responsabilidad en su propia educación. La familia, el padre y la madre, asume el protagonismo en los valores fundamentales que rigen la vida de un ser humano. Ellos son los que en gran parte se hacen cargo de conseguir que sus hijos sean buenas personas, aceptando que son los valores socialmente dominantes los que definen lo que debemos entender por una buena persona. Procuran, por tanto, que sus hijos no mientan, sean cumplidores con sus responsabilidades, respeten a los demás, no recurran a la violencia, toleren actitudes y personas diferentes... Pueden surgir serios problemas en aquellos casos, poco frecuentes, en los que la familia inculca en sus hijos valores más bien contrarios a esos que se consideran dominantes, provocando dificultades en la vida escolar. Hay casos en los que los hijos son educados en casa de tal modo que no respetan a las personas diferentes, o muestran un claro o disimulado racismo o xenofobia. También hay situaciones familiares en las que a los hijos se les enseña a ser especialmente competitivos o a recurrir a la violencia con carácter preventivo. La sociedad solo se escandaliza realmente cuando se reciben informaciones sobre los conflictos planteados por los testigos de Jehová o por algunas minorías fundamentalistas religiosas empeñadas en exhibir sus signos de identidad, pero esos conflictos se dan en otros ámbitos menos llamativos, aunque igualmente complicados. El reparto de tareas en estos casos suele provocar más de un conflicto o enfrentamiento.

Más allá de los valores fundamentales, la familia asume también la responsabilidad de fomentar otros valores que están directamente relacionados con el rendimiento

académico. Esto es algo en lo que los profesionales de la educación, el profesorado, suelen insistir mucho. Corresponde a la familia garantizar que los niños tengan un horario de trabajo adecuado, con horas específicamente asignadas al estudio, y con tiempo suficiente para el descanso personal por la noche y para el ocio. También corresponde a las familias garantizar unos hábitos de alimentación saludables, sin los cuales toda la vida de los niños sufre un serio deterioro. El sentido del orden personal, el cuidado con las propias pertenencias y la seriedad en el cumplimiento de las tareas que les son propias son actitudes cuyo fomento recae de forma especial en la familia, que es la que pasa más horas con sus hijos. De forma más general, la familia debe garantizar un ambiente agradable y acogedor, lo que constituye uno de los predictores más seguros de un buen rendimiento académico.

En el reparto de funciones, corresponde sustancialmente a la escuela garantizar el buen resultado en el estudio y el aprendizaje. Sin duda esto no excluye una seria preocupación de la escuela por los valores fundamentales de la vida personal de sus alumnos, en especial de todos aquellos directamente relacionados con la vida social. Es en la escuela donde los niños pueden aprender todo lo que exige vivir con personas muy distintas con las que no se guarda ningún parentesco o afinidad personal. Deben preocuparse las instituciones educativas de forma preferente de la formación de ciudadanos. Ahora bien, eso no debe alejar a la escuela de su función prioritaria, la que justifica la enorme inversión que en ella se realiza y la exigencia de un elevado nivel de formación del profesorado que en ella trabaja. A la escuela van los niños a aprender, sobre todo a aprender, aunque también van a muchas otras cosas. Si no fueran a eso, posiblemente se podría prescindir de los educadores y buscar otro tipo de profesionales, con una cualificación distinta.

En Educación Infantil y Primaria es más tenue la línea que separa las tareas de ambas instituciones. El profesorado debe apoyar decididamente la educación elemental en todas las dimensiones de la vida de sus alumnos, y la familia debe contribuir a consolidar los aprendizajes escolares que los alumnos deben adquirir. Por eso el profesorado dedica más tiempo a cuidar esos hábitos básicos y las familias echan una mano a sus hijos en la realización de las tareas escolares. En Secundaria, el profesorado va distanciándose algo de la tarea más educativa para centrarse en la más académica, si se me permite utilizar esa distinción terminológica en este contexto. El hecho de que deban mantener esa función educativa general ha provocado muchas tensiones en un profesorado que tradicionalmente ha sido preparado para la formación académica y no sabe, o no quiere saber, cómo educar a los adolescentes. Del mismo modo, el padre y la madre van sintiéndose más impotentes conforme se eleva el nivel de estudios de los hijos. Ya en Bachillerato el profesorado se dedica casi exclusivamente a la

tarea académica, y tanto la familia como el profesorado ven cómo su influencia en la educación general de los adolescentes y jóvenes va desapareciendo casi por completo. Entonces es precisamente cuando se pone a prueba el mayor o menor éxito obtenido en los anteriores quince años de esfuerzos conjuntos.

### **5.3. Las relaciones perversas**

Expuestas de esta manera las cosas, sería fácil concluir que la colaboración está exigida y que las dos partes llegarán fácilmente a acuerdos. En general así sucede y se puede decir, según las encuestas disponibles, que las familias no tienen quejas serias respecto a los colegios, aunque quizá no suceda lo mismo en sentido contrario. Es más frecuente que el profesorado tienda a lamentarse de la escasa colaboración que recibe de las familias. El problema no está, sin embargo, en una especie de quejas recíprocas, sino en que a veces cada parte persigue fines que no son los explícitamente establecidos y eso introduce cierta distorsión en las relaciones.

Es frecuente que las familias, acuciadas por diversos problemas a los que ya he hecho alusión, demanden de los centros educativos tareas que no les son propias. La primera y más importante es la de custodia de los niños. Parece como si el deseo de algunas, o muchas, familias fuera que los colegios se hicieran cargo de los niños el mayor número posible de días al año y el mayor número de horas por día. Casi hasta cubrir el mismo horario que ellos cubren en el trabajo, más un tiempo extra para que los progenitores puedan dedicarse a sus pasatiempos favoritos. La pretensión es perversa completamente y adultera de raíz lo que se debe esperar de la escuela y de la familia. En esto hay coincidencia unánime en casi todos los países, que reducen el año académico a unos 180 días, 175 en España, y la jornada escolar a cinco o seis horas. Más tiempo no se puede tener a los niños en situaciones de aprendizaje escolar. Es posible que el tipo de vida social que se tiene hoy día haga que sea acuciante el problema de qué hacer con los niños pequeños. Ese problema, no obstante, no es específicamente escolar y deberá ser resuelto organizando actividades para los niños en horario extraescolar, posiblemente utilizando las instalaciones escolares, pero no con los mismos profesionales. Del mismo modo, es casi seguro que para la sociedad sea mucho más beneficioso el modificar las relaciones laborales de tal manera que los matrimonios con hijos gocen de facilidades para poder dedicar tiempo a la educación de sus hijos, y en ese sentido van medidas como la reducción de la jornada laboral y sería incluso muy deseable la posibilidad de disfrutar de un largo período de baja laboral con percepción de parte o de todo el salario durante los dos primeros años de la vida de los hijos.

Resulta, por tanto, preocupante ver cómo las familias critican a los docentes cuando tienen un día de descanso intercalado durante el curso; eso no es un problema educativo, siempre y cuando no suponga una disminución del tiempo escolar que deben tener los niños durante el año. Conviene insistir en ello por lo que puede significar de errónea concepción de la educación de los hijos. Por más que puedan tener intereses no siempre coincidentes, las familias y el profesorado están en un mismo barco y ambos tienen que hacer frente común a ciertos problemas muy graves que plantea la sociedad. Por mucho que la retórica oficial lo niegue, vivimos en una sociedad que descuida seriamente la educación de los hijos y concede pocas facilidades a quienes tienen que asumir directamente esa función que son el padre y la madre. Hasta ahora contaba con la presencia permanente de la madre en el hogar, pero esa no es ya la situación frecuente, por lo que hace falta introducir importantes innovaciones que nada tienen que ver con la ampliación del calendario escolar.

También es un planteamiento erróneo el que hacen algunas familias cuando pretenden que las escuelas, el profesorado, asuman tareas que ellas mismas debieran asumir, echando sobre hombros ajenos una carga que deben aceptar los propios. No es infrecuente ver a padres y madres que buscan un colegio con comedor para que sea el centro el que se haga cargo de educar al niño en los hábitos fundamentales de la comida, tarea sin duda engorrosa en muchas ocasiones, pero que no pueden eludir el padre y la madre. Es también frecuente que se busque en el colegio o el instituto el apoyo para imponer a los niños y adolescentes unas normas y una disciplina que la familia ha sido totalmente incapaz de imponer en su casa. El profesorado no está para sacar las castañas del fuego a nadie, como tampoco están el padre y la madre para cubrir la posible incompetencia académica del profesorado.

Por parte de los centros, existe del mismo modo una perversión tentadora en la manera de entender las relaciones con la familia. En el caso de los centros privados, sean o no concertados, el hecho de que son empresas que necesitan tener beneficios o al menos no tener gastos, les hace ver en las familias más una fuente de ingresos económicos que unos colaboradores en la tarea de educar a los hijos. No estoy pensando en casos extremos e infrecuentes en los que se llegaría a garantizar la titulación a cambio del pago de las correspondientes mensualidades. Se trata más bien de introducir el elemento económico en todas las relaciones, de tal modo que se instala el modelo del cliente que acude a comprar un producto, modelo que por otra parte goza de amplia audiencia en esta sociedad en la que la economía se ha convertido casi en el paradigma de todo tipo de relación social y la empresa es la institución por excelencia cuyo funcionamiento

debe ser imitado por todas las demás instituciones. Plegarse en cierto sentido a las exigencias del cliente, independientemente del valor educativo que puedan tener, es un riesgo permanente; también lo es el practicar un cierto seguidismo, potenciando aquellas actividades que gozan de mayor aceptación social para garantizar un número suficiente de clientes. En otros casos se buscará organizar cuantas actividades sea necesario para incrementar las posibilidades de obtener unos ingresos extraordinarios; tenemos así Asociaciones de Padres y Madres que se convierten en fuentes de financiación complementaria, o ventas de uniformes y material escolar, o cursos especiales de verano, o de inglés, o de intercambio... Todo ello pueden ser actividades educativas interesantes, pero planea sobre ellas la duda de esa relación perversa mercantilizada.

Los centros públicos no incurrir en ese tipo de deformación, pero eso no les exime de caer en otras igualmente nocivas. En algunos casos pueden recurrir a las Asociaciones de Madres y Padres para obtener algún apoyo económico, pero no es desde luego relevante. Más bien el riesgo procede de establecer una línea divisoria entre padres y madres, que son considerados personas sin preparación para opinar, y el profesorado, que son los profesionales competentes y cualificados. Desde la altura, más imaginaria que real, de su ejercicio profesional, no ven en la familia una posibilidad de colaboración, sino más bien unas personas que aportan muy poco, están mal preparadas y son responsables de todos los problemas que plantean sus alumnos en el aula o en el patio de recreo. Culpabilizada la familia de los fracasos y conflictos, el profesorado vive más tranquilo y procura que la familia se mantenga alejada de la vida académica donde su presencia solo va a traer complicaciones y problemas. Reuniones con las familias, las menos; colaboración con ellas, la justa y siempre para pedir que exijan más a sus hijos; participación en la vida del centro, la mínima posible. Esas parecen ser con frecuencia las consignas implícitas de un sector significativo del profesorado funcional que no quiere que nadie se inmiscuya en su trabajo y le plantee una mínima rendición de cuentas.

En realidad, he exagerado un poco las perversiones para destacar su efecto nocivo. De todas maneras, en mayor o menor grado son perversiones que existen. Con todo y con ello, lo más grave de estas relaciones perversas es que ambas partes dejan de exigir a la otra la tarea que específicamente les corresponde y se instalan en una dorada mediocridad que contribuye poderosamente a una educación descuidada de los niños y adolescentes. Si el profesorado cuida de mis hijos muchas horas, la familia no pide mucho más; si la familia paga a su debido momento el dinero que hace falta y educa a sus hijos para que no den problemas al profesorado, este tampoco pide mucho más. El sistema puede funcionar

bajo mínimos sin provocar excesivas fricciones. En su momento, más adelante, ya habrá ocasión de completar la educación que no se recibió adecuadamente en la escuela. Y entre todos restaremos importancia a las carencias duraderas, por más que acompañen a problemas sociales importantes.

#### **5.4. La colaboración activa**

De lo que acabo de exponer se puede deducir con cierta facilidad cómo deben entenderse las relaciones entre la familia y la escuela. Lo deseable, lo más productivo para los protagonistas de todo este entramado de relaciones, los hijos, es una colaboración activa y positiva. Existen conflictos, desde luego, pero no son graves y probablemente, una vez aceptados y reconocidos como tales, podrán enriquecer las relaciones mutuas y beneficiar la educación de los niños y adolescentes. Es mucho más lo que comparten y es eso lo que las obliga a entenderse, existiendo una correlación directa positiva entre el nivel de entendimiento y la calidad de la educación ofrecida. Por desgracia, aunque la colaboración sea una exigencia obvia de la tarea que ambas instituciones tienen encomendada, no es algo que venga dado de suyo, sino algo que hay que construir con laboriosidad y paciencia. La escolarización universal y obligatoria es un logro social relativamente reciente y es mucho todavía lo que hace falta aprender para conseguir que funcione de la mejor manera posible. La familia es una institución con mucha más solera, pero sometida a modificaciones en la actualidad que también le están exigiendo redefinir en profundidad lo que hasta ahora venía haciendo y la manera en que lo hacía. El primer paso, y el fundamental, es el convencimiento mutuo de que ambas instituciones se necesitan. El segundo paso es darse cuenta de que la relación va en las dos direcciones: es mucho lo que la familia puede aportar a la escuela, pero también es mucho lo que la escuela puede aportar a la familia.

El primer y básico nivel de colaboración es el que se da entre el padre y la madre, por un lado, y el profesorado de sus hijos, por el otro. La comunicación entre ambos debe ser fluida y constante, de tal modo que todos sepan con bastante exactitud cómo va progresando la educación de los niños, cuáles son los logros y cuáles son las carencias. Esa comunicación permanente permitirá arbitrar las medidas adecuadas e ir ensayando nuevas estrategias cuando las que aplicamos no logren los resultados esperados. El diálogo debe ser además transparente y exigente. No debemos caer en fáciles autocomplacencias que eluden los problemas serios y se satisfacen con acuerdos superficiales. La familia debe ser muy exigente con el profesorado, demandar la contribución que se espera

de una persona profesional y llamar la atención cuando las cosas no funcionan como deben. Lo mismo debe hacer el profesorado respecto a la familia, exigirle que esté pendiente de sus hijos y que les facilite todo aquello que es necesario para disponer del ambiente que favorece el aprendizaje. Dos o tres visitas individuales al año, cuando las cosas van bien, pueden ser suficientes; en casos más complicados, las visitas y las llamadas telefónicas deben incrementarse y en casos realmente complicados la relación deberá quedar plasmada en contratos pedagógicos en los que todos los implicados firman acuerdos bien específicos, con compromisos detallados que obligan a todas las partes, padre y madre, profesor o profesora y por descontado el niño o la niña. Las experiencias de algunas escuelas en las que se practica este tipo de contratos escolares son muy positivas, en especial en zonas social y educativamente conflictivas.

Esa colaboración cara-a cara no excluye relaciones más amplias. Por una parte, la tarea de los equipos directivos y de los departamentos de orientación es muy importante y con ellos deben relacionarse también las familias, si bien en esos casos la relación individual se restringe a los casos más especiales. Las reuniones de la persona que ejerce la tutoría o de alguna o varias de las personas que ocupan los cargos directivos con todo un grupo de padres y madres son también importantes. No se deben reducir a reuniones en las que los profesionales docentes pasan información a las familias, sino lugares de encuentro en los que las familias también deben exponer sus necesidades y expectativas para que sean recogidas por los profesionales que trabajan en el centro educativo. Esas reuniones deberían ser además una buena ocasión para que las familias intercambiaran ideas, puesto que todas comparten problemas muy similares y se esfuerzan por buscar las soluciones más adecuadas. Una regla de oro en la educación es que todos podemos aprender de todos y que la gente se educa en comunidad; perder las posibilidades de aprendizaje que existen en la experiencia de las propias familias es un despilfarro no justificado.

Desgraciadamente sigue siendo mucho el camino que se debe recorrer para que este tipo de reuniones con las familias sean más frecuentes y más eficaces. Aquí, como en otros aspectos, podemos incurrir en esa dorada mediocridad de la que acabo de hablar. Resignadamente las familias acuden al centro para que una tutora o la directora les transmitan una serie de informaciones pertinentes y poco más. La reunión termina pronto, tras el protocolario turno de ruegos y preguntas, perdiendo una buena oportunidad de enseñar y aprender cosas que a todos nos importan. Por otra parte, el profesorado contempla con cierta impotencia que se da una especie de círculo vicioso, o virtuoso: a las reuniones solo van las familias de aquellos alumnos con los que hay menos problemas, y es posible que haya me-



nos problemas precisamente porque son las familias que se preocupan de acudir al centro educativo. Las familias de los alumnos más problemáticos son las que suelen faltar con más frecuencia a esas reuniones, mostrando con su ausencia dónde puede residir parte del problema y dificultando algo más la aplicación de posibles medidas correctoras. Menos importante y más previsible es la progresiva disminución de la asistencia de las familias según van creciendo los hijos.

Profundizando y ampliando lo que se pueda hacer en esta variada combinación de encuentros y reuniones, los centros educativos debieran plantearse seriamente la organización permanente de escuelas de padres y madres. La maternidad y la paternidad no son tareas que se dominen por ciencia infusa, mucho menos en la sociedad compleja que nos ha tocado vivir. En diversos momentos de la evolución de los niños resultaría sumamente provechoso que los adultos acudieran a sesiones específicas de formación en las que aprendieran aspectos del desarrollo y el aprendizaje de los niños que están sólidamente establecidos en la pedagogía, pero que no acaban de estar al alcance de quienes más lo necesitan, los que deben ejercer como padre y madre. La mayoría de la población adulta reduce sus conocimientos pedagógicos a lo que ellos mismos vivieron, y eso no es mucho. Las condiciones han variado bastante de su infancia a la de sus hijos y tampoco está claro que la educación que ellos recibieron fuera la más adecuada. Con cierta frecuencia se observan fallos en la educación de los hijos que son de libro, es decir, fallos que podrían haber sido evitados. Si los centros educativos destinaran un tiempo a estas escuelas de padres y madres verían facilitada su labor de forma apreciable, y lo mismo les ocurriría a las madres y padres que a ellas acudieran.

Una relación más institucional y organizada es la que se da en las asociaciones de padres y en los consejos escolares. Su historia es bien reciente y no se puede decir que haya sido demasiado brillante por el momento. Los consejos escolares, sobre todo en la enseñanza pública, surgieron como un pilar fundamental en la articulación democrática de los centros, de tal modo que la opinión de las familias realmente pesara en la deliberación sobre los problemas del centro y en la toma de decisiones en las cuestiones más relevantes. Después de varios años de funcionamiento, el balance no ha sido del todo positivo. Los consejos escolares han calado mucho menos de lo que era esperable y quizá esa escasa repercusión esté asociada con ese problema que antes mencionaba de la dorada mediocridad con la que todo el mundo se relaciona con la institución educativa. La participación de las familias en la elección de sus representantes es muy escasa; de hecho, existen a veces serios problemas para encontrar candidatos. Por otra parte, tampoco los representantes mantienen una relación fluida con sus representados, lo que debilita seriamente su papel como portavoces del

punto de vista de las familias sobre la vida académica. Sectores hay del profesorado que se alegran de esta vida lánguida de los consejos escolares y que preferirían su desaparición o su reconversión en órganos puramente consultivos. Sería un grave error y un retroceso. Aquí también hay suficientes experiencias que muestran que el funcionamiento educativo de un centro mejora sustancialmente cuando se incrementa la participación de los distintos sectores de la comunidad educativa en la vida del centro, lo que incluye claro está los consejos escolares. El movimiento de escuelas democráticas, muy activo en algunos países, ha mostrado el valor de estos planteamientos, y es por eso por lo que la relación entre la familia y la escuela debe avanzar, profundizar y mejorar todas las formas de participación posibles. Lo que no debe hacer es abandonarlas porque todavía no han conseguido encontrar la fórmula adecuada para mejorar su aportación a la educación de los niños y adolescentes.

Algo similar es lo que se puede decir de las asociaciones de madres y padres. Es otra aportación reciente a la vida escolar en nuestro país y no acaba de encontrar el espacio adecuado. Funcionan algo mejor, como era de esperar, en el nivel de la escuela Infantil y Primaria, pero pierden peso en la Educación Secundaria. Especialmente en este nivel, el primer problema es que muchas familias ni siquiera se apuntan cuando la afiliación es realmente voluntaria. Menor es todavía la participación de las familias en las actividades y reuniones que organiza la asociación y suele haber enormes dificultades para elegir los cargos directivos. La existencia de dos grandes federaciones, cada una con presencia absolutamente mayoritaria en un sector del sistema educativo, y su participación en grandes debates públicos sobre la educación puede más bien indicar que están siendo utilizadas para funciones e intereses parcialmente distintos a los que debieran ser los suyos propios. Básicamente debieran centrarse en articular la implicación de las familias en todas las actividades que he venido indicando en este último apartado, desempeñando un papel muy activo en movilizar a las familias para que cada día se impliquen más y más en la educación de sus hijos, en estrecha colaboración con los centros educativos. Los objetivos parecen claros a medio y largo plazo, y también están claras algunas de las dificultades que afrontan, a las que ya hice referencia al hablar de las posibles perversiones de las relaciones de las familias con las escuelas. En todo caso, también aquí el camino está en potenciarlas y mejorar su funcionamiento, nunca en dejar que lleven una vida lánguida o que termine desapareciendo por falta de colaboración y de funciones bien definidas.

## 6. A MODO DE MUY BREVE CONCLUSIÓN

Es norma habitual terminar un trabajo con una breve conclusión en la que se recojan las ideas fundamentales que el autor del texto pretende dejar bien claras a sus lectores. Algo de eso es lo que puedo hacer ahora, pero en gran parte no es muy necesario, pues la lectura atenta del último apartado en el que expongo las relaciones puede y debe entenderse como conclusión de lo anterior.

En efecto, la reflexión general sobre lo que debe entenderse por educación, realizada en la primera parte de este trabajo, nos sitúa ante una importante tarea en la que somos muchos los implicados, con la familia y la escuela como las dos instituciones fundamentales. Mucho podrán aprender nuestros niños y adolescentes del mundo que les rodea, de sus compañeros y de sus iguales; pero los iguales son sobre todo compañeros de búsqueda y con frecuencia no pueden aconsejar cuál sería el camino más adecuado. El problema urgente e ineludible es cómo orientarse en esa iniciación a la vida adulta que comienza en la niñez y se desboca en la adolescencia. Es mucha la información que reciben cada día y a la que podrán acceder a lo largo de su vida, mucha más de la que tuvo a su disposición ninguna de las generaciones que les han precedido; sin embargo, el exceso de información no pasa de ser exceso de ruido. El problema urgente e ineludible es cómo consiguen dotar de sentido a toda esa masa de información que pone en riesgo el equilibrio de su propio ciclo vital. Y para esas tareas los niños necesitan a su familia y a la escuela, pues son las únicas instituciones en las que de forma constante y sistemática se les va a proporcionar la estabilidad emocional y los recursos cognitivos y afectivos con los que podrán dotar de coherencia su biografía e ir tejiendo el sentido de sus vidas.

Familia y escuela, urgidas por un desafío común, cada una con sus problemas específicos y sus propias dificultades, están llamadas a entenderse, aunque también pueden ignorarse o coexistir pacíficamente sin intentar una mínima

colaboración. La conclusión de lo que acabo de escribir no puede ser otra que volver a leer lo expuesto en el apartado quinto, en el que quedan recogidas las tareas perentorias que no permiten dilación alguna, por difíciles que puedan resultar en algún momento. Exponer con detalle todo lo que podría hacerse o cómo se pueden abordar los problemas concretos de llevar adelante la colaboración exigiría un nuevo trabajo, posiblemente más amplio que este que termino. Sobre todo, exige ponerse manos a la obra y eso es algo que no se puede escribir. Con lo escrito hasta aquí ya hay suficiente; ahora nos toca a todos intentar aplicarlo cambiando en la medida de nuestras posibilidades el mundo que nos ha tocado vivir en esa valiosa parcela social formada por familias y escuelas, volcadas en una cuidadosa y rigurosa labor educativa.

## BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

ALBERDI, Inés: *La nueva familia española*. Madrid: Taurus, 1999.

CASTELLS, Manuel: *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Vol. 2: *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza, 1999.

DELORS, Jacques: *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana, 1998.

DEWEY, John: *Democracy and Education*. New York: Free Press, 1966. Hay traducción española en Morata.

HARRIS, Judith Rich: *El mito de la educación. Por qué los padres pueden influir muy poco en sus hijos*. Barcelona: Grijalbo, 1999.

GARCÍA MORIYÓN, Félix: *De la escuela y la familia. Por un proyecto pedagógico*. Madrid: Zero, 1984.

GONZÁLEZ ANLEO, J. y otros: *Familia o escuela. Diagnóstico del Sistema Educativo*. Madrid: I.N.C.E., 1998.

KÑALLINSKY EJDELMAN, Eva: *La participación educativa: familia y escuela*. Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 1999.

MUSITU OCHOA, Gonzalo: *Familia y educación. Prácticas educativas de los padres y socialización de los hijos*. Barcelona: Labor, 1988.

VILA, Ignasi: *Familia, escuela y comunidad*. Barcelona: Institut de Ciències de l'Educació / Horsori, 1998.

Del tema de este cuaderno ya me ocupé hace muchos años. Las tesis centrales siguen siendo las mismas, si bien el contexto ha cambiado lo suficiente como para que las prioridades no sean iguales. Desgraciadamente mi libro está agotado.

Sobre educación, la bibliografía es inmensa. El libro de Dewey sigue siendo un manifiesto imprescindible para entender cuáles son las orientaciones básicas que deben guiar un proyecto pedagógico comprometido con la construcción de sociedades democráticas. El otro libro de Delors puede ser muy sugerente para entender algunas de las tendencias y retos de la educación en la actualidad. Al ser un texto auspiciado por la ONU, se mantiene en un nivel de lenguaje políticamente correcto, sin dejar de ser por ello un desafío que cuestiona parte importante de nuestras prácticas educativas. Por último, aconsejo sinceramente la lectura de la obra de Harris, cuyo subtítulo es bien expresivo de lo que podemos encontrar en sus páginas.

Por lo que se refiere a la situación de la familia en la actualidad, dos obras me parecen muy instructivas. La primera, de Inés Alberdi, nos muestra un cuadro completo de la evolución de la familia en España en los últimos decenios. Para actualizar los datos que se exponen hay que acudir a los informes que publica el Centro de Investigaciones Sociológicas y a los que editan algunas fundaciones. El libro de Castells es sugerente porque sitúa esa evolución en un plano más general, el de la sociedad globalizada o sociedad red como él la llama. Es más cauto a la hora de diagnosticar el fin del patriarcado.

Hay sugerentes estudios centrados ya en la familia y la escuela, así como en las relaciones que mantienen. Imprescindible resulta el gran estudio que en su momento realizó el I.N.C.E. bajo la dirección de González Anleo. Hay muchos y muy llamativos datos en él. Algo más antiguo, pero también valioso es el trabajo de Musitu Ochoa.

Completamente distinto es el valor de las otras dos publicaciones que menciono para terminar esta breve bibliografía (de Eva Kñallinsky Ejdelman e Ignasi Vila). En ambas se abordan fórmulas específicas de participación de las familias en las escuelas, con la escuela. En cierto sentido, serían los libros que se podrían leer después de este para ir detallando esas aplicaciones prácticas cuyo marco general me he limitado a esbozar en este trabajo.